



Sin decí una garra 'e mentira (cuentos orales)

El Caimán de Sanare







República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

1era edición, Asamblea Legislativa, Barquisimeto, *1997*

© El Caimán de Sanare

© Fundación Editorial el perro y la rana, *2008*

© **Compiladores: Renato Agagliate**

Juan José Escalona

Juan Ramón Escalona

Centro Simón Bolívar

Torre Norte piso 21, El Silencio

Caracas Venezuela.

Teléfonos: 0212-377-2811 / 0212-808-4986

correos electrónicos:

elperroylaranaediciones@gmail.com

comunicaciones@elperroylarana.gob.ve

editorial@elperroylarana.gob.ve

páginas web:

www.elperroylarana.gob.ve

www.ministeriodelacultura.gob.ve

Edición: Coral Pérez

Corrección: Xoralys Alva

Transcripción: María Cervantes

Diagramación: Joyce Ortiz

hecho el Depósito de Ley

N° If 40220098001709

ISBN 978-980-14-0472-9

Sin decí una garra ‘e mentira (cuentos orales)

Sin decí una garra ‘e mentira
(cuentos orales)
El Caimán de Sanare

colección **Páginas Venezolanas**

La narrativa en Venezuela es el canto que define un universo sincrético de imaginarios, de historias y sueños; es la fotografía de los portales que han permitido al venezolano encontrarse consigo mismo. Esta colección celebra —a través de sus cuatro series— las páginas que concentran tinta como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes.

*La serie **Clásicos** abarca las obras que por su fuerza se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana; **Contemporáneos** reúne títulos de autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer rezumar de sus palabras nuevos conceptos y perspectivas; **Antologías** es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren senderos al deleite y la crítica; y finalmente la serie **Breves** concentra textos cuya extensión le permite al lector arroparlos en una sola mirada.*

Nota de edición

Esta publicación se basa en la primera edición de los cuentos orales de El Caimán de Sanare, de Edición Asamblea Legislativa, Barquisimeto, 1997. Ésta respetó absolutamente la acentuación fonética de la oralidad, es decir, no gramatical, de los cuentos.

Sin embargo, se realizaron ciertos cambios en la acentuación fonética y en la sintaxis, sin variar o desvirtuar el texto base. Se respetaron los registros deformados del habla que vienen de palabras de uso antiguo (“*entriambos*”), entre otras frases que se han convertido en coloquialismos de cierto uso popular (“*dijeron a arrancar mangos*”), además de palabras propias de la región que el lector tendrá la oportunidad de verificar por sí mismo en las narraciones. Igualmente, se respetaron la mayoría de las expresiones fonéticas de la “transcripción” de la oralidad.

Se colocan en cursiva los usos particulares de El Caimán, clasificados de la siguiente manera: palabras inventadas o recreadas por él mismo y verbos de un sentido unívoco usados en otro sentido, coherente sólo dentro del contexto de las narraciones.

Acerca de la primera recopilación de los cuentos de El Caimán

Cuando se me encargó de la biblioteca de Sanare, me di cuenta de que en los lugares donde no podían llegar los servicios de una biblioteca aún existían libros de carne y hueso, como ese que cariñosa y orgullosamente llamamos El Caimán de Sanare.

Pero, como resulta su número cada vez menor, especialmente gracias a la neoencomendera televisión, y aún cabe imaginar que algún día puede secarse el caño donde boya nuestro mejor cuentista popular, comencé a grabar y regrabar los cuentos de José Humberto Castillo, y transcribirlos.

Fallaron durante dos décadas varias ofertas de publicación por parte de instituciones públicas y editoriales privadas, pero no así la buena voluntad de nuestro multígrafo o la de las fotocopadoras del pueblo: los cuentos se han multiplicado en las manos de entusiastas educadores y bajo los ojos de complacidos educandos.

Finalmente, gracias a la solidaridad de nuestra Asamblea Legislativa, sale la primera edición (1997) para el disfrute de todos los que nos resistimos a admitir el desenlace de la literatura popular.

A los siete cuentos que transcribí en la década pasada hemos de agregar cinco, debido a la colaboración de los morochos Escalona, quienes se han ajetreado en la compilación de cuanto se ha hablado o escrito acerca de nuestro Caimán, junto a una primorosa serie de afirmaciones y pensamientos que dejan mejor retratada la personalidad y la filosofía del cuentista.

En cuanto a la transcripción, que podría llamarse pedagógica, ya que para una perfecta representación de su arte se dispone hoy de películas y videos impecables, hemos admitido la grafía típica de la pronunciación corriente en el discurso directo. Cuando en el discurso indirecto, si resultara irreductible alguna voz o alguna pronunciación, se deja señalado. De este modo, no se hace pesada la lectura a los pequeños gozadores y se evita incidir negativamente en sus hábitos ortográficos.

Para lectores ajenos al vocabulario sanareño, están a disposición algunos trabajos lexicográficos en la Biblioteca Andrés Bello de Sanare. Agradecemos, en todo caso, cualquier observación que nos ayude a difundir mejor los cuentos de nuestro Caimán. A todos sus admiradores —grandes, pequeños y medianos—, ¡buen provecho!

Renato Agagliate M.

¿Quién es El Caimán de Sanare?

José Humberto Castillo, El Caimán de Sanare, nació un 3 de enero de 1937 en Las Rositas, caserío Palo Verde, parroquia Pío Tamayo, municipio Andrés Bello del estado Lara. Sus padres: Juan Gregorio Goyo y María Elena Castillo. Sus hermanos: Rafaela y Antonio (difuntos), Bernabela (Delia), María Bruna, Arcadia Castillo y Sabino Liscano residen en Barquisimeto y Palo Verde.

Hombre de muchos oficios, Humberto se ha desempeñado como vendedor ambulante, jornalero, trabajador en faenas agrícolas y pecuarias. Como educador itinerante, ha llevado sus enseñanzas a escuelas, liceos, universidades, caseríos, pueblos y ciudades del país y del exterior.

Maestro excepcional del cuento oral y de la educación no formal; conocedor y difusor de la cultura campesina, mitos, leyendas y medicina popular. En síntesis, un filósofo popular de fecunda trayectoria, uno de los pocos que existen y enaltecen el patrimonio cultural, moral y espiritual de nuestro contexto local, regional y nacional.

Ha recibido innumerables condecoraciones y reconocimientos, entre los cuales destacan: miembro honorario vitalicio de la organización Juventud Incansable por el Desarrollo de Sanare (Jidesa) (1982);

primer lugar, mención Solista en el Festival Folclórico de la XIV Feria Internacional de Barquisimeto (1982); Premio Chamán de Narración Oral Escénica (1989); condecoración Honor al Mérito Andrés Eloy Blanco, Concejo del Municipio A. E. B. (1989); padrino de la XV Promoción de Bachilleres de la U. E. Sanare (1990); premio Nuevo Joven (1990); Hijo Ilustre de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Carabobo (1993); profesor honorario de la Unidad Educativa Sanare (1994); homenajeado por la Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación (1995); mención especial del Rotary Club-Sanare (1997).

Hay que destacar también que en junio de 1993 estuvo participando en el XIII Festival de la Cultura Caribeña en Santiago de Cuba.

Los principales diarios regionales, *El Impulso* y *El Informador*, han difundido su vida y obra en otras zonas del país.

Sobre su obra literaria han escrito diversos investigadores y especialistas, entre los que destacan: Wilmer Peraza, Franz Ortiz Castañeda, Graciela Anzola, Dilia Potenza, Yeo Cruz e Ismenia Suárez Finol.

Su resaltante personalidad ha sido fuente de inspiración para artistas plásticos, trabajadores del teatro, comunicadores sociales, poetas y compositores locales, regionales y nacionales.

Está en justicia decir aquí que el Conac, Fundacultura y la Alcaldía de A. E. B. le han otorgado un subsidio o aporte económico a este valor patrimonial de trascendencia internacional.

En su oportunidad, el ilustre cuentacuentos sanareño recibe uno de sus más anhelados reconocimientos socioculturales de parte de la Asamblea Legislativa del estado Lara, se trata del libro *Sin decí una garra 'e mentira*. Dicha obra contiene tanto la historia de la vida de El Caimán de Sanare, como una selección especial de sus más famosos cuentos.

Estamos seguros de que este esfuerzo editorial e investigativo redundará en pro del estudio, difusión y valoración de la cultura literaria del campesino del estado Lara y más concretamente de Sanare y su municipio.

Los compiladores

Sanare, julio de 1997

Lo que se dice y piensa de El Caimán de Sanare

“Humberto Castillo transforma las ideas; hace llorar a uno de risa. El mejor psicólogo colectivo que podamos tener es El Caimán”.

Jesús Páez Puerta: “Humberto, El Caimán de Sanare, es un personaje popular de características sencillas, humilde y sincero, que a través del cuento oral y al ritmo de un defensor de las tradiciones, del ambiente y un creador de fantasías que agrada a los niños, jóvenes y adultos. Humberto Castillo es un juglar de Sanare y cuentista de primera categoría en toda nuestra región, su mundo abarca el mito, la leyenda, mediante la inventiva: creadora de un hombre de pueblo”.

José Anselmo Castillo: “El verdadero personaje de Sanare en el campo de la cultura popular, a quien llamamos El Caimán, anda por el río de las nubes, de las estrellas. Parece un profeta de la antigüedad; parece un personaje de novela vivo y activo. Esa multiplicidad de dones que tiene con la música vale por una orquesta”.

José Antonio Escalona: “Es un ser excepcional. Ya quisieran otros pueblos tener un Caimán como este; o como dijo el poeta José ‘Cheo’ Rodríguez que se alimenta de estrellas, de flores y de neblinas”.

Héctor Granda: “Él es un libro abierto”.

Honorio Dam: “Caimán, cuento y cuento de palabra viva. Registro de la historia, paso y momentos de ratos idos. Si yo fuera campesino, fuera embustero igual al Caimán”.

Renato Agagliate M.: “Cierto es que a El Caimán de Sanare no lo hizo ningún caño y ni siquiera una caimana; pero tampoco es posible que, así como es de jocundo, llamativo y encantador, lo pueda haber hecho la mejor universidad del mundo. Nuestro Caimán es difícil de definir. Es un producto muy especial de nuestra geografía, nuestra historia y nuestra gente. Es lo que es y algo que no se repite. Solo naciendo en Las Rositas y en 1973, con algo de indio ajagua quiboreño y algo de indio coyón sanareño, se puede ser un cuentacuentos como El Caimán de Sanare. De ahí que muerto él, será bien difícil copiarlo. De ahí también la importancia de saberlo aprovechar, sin dañarlo, para la felicidad de nuestra comunidad. Y, más urgente, la importancia de quererlo, cuidarlo y ayudarlo sin empolvar su sensibilidad para que dure muchísimos años más entre nosotros. La tristeza moderna que nos agobia nos impele a actuar pronto antes de que desaparezca ese médico que nos puede curar con su literatura amena. Sus cuentos son típicos de nuestra región, son alegres, chistosos, didácticos, ecológicos, moralistas, filosóficos... La gracia que él infunde al cuento lo hace profundamente atractivo y difícilmente olvidable. El gran secreto de su éxito literario está en su manera de ser y de vivir: El Caimán cree profundamente en Dios y en la naturaleza. No se deja aplastar por la pobreza y menos envenenar por la política. Su riqueza y su política son la vida. Su mundo es diferente, no es el nuestro lleno de negocios y egoísmos. Le duele para vivir, tener que usar la misma moneda que nosotros. No distingue, además, entre la realidad y la fantasía. Sabe volar sin ser pájaro; y, claro, mejor sabe nadar... Desde que lo llaman Caimán”.

Frank Ortiz Castañeda: “Humberto Castillo es el mejor cuentista de Venezuela y del mundo”.

Alejandrina Betancourt: “Dígame el Caimán; es to' mal hecho y grande; eso lo ayuda”.

Jorge Lucena Castañeda: “Siendo un campesino, tiene sus luces también; es un hombre polifacético. Es un duende viajero. Quedará como algo grande de Sanare. Humberto Castillo ha estudiado en la escuela Mayor: la naturaleza”.

José Guadalupe Díaz: “El Caimán es una de las personas más visitadas del pueblo. Representa uno de los valores más grandes que tiene Sanare; él los ha puesto en alto, a pesar de que su propio pueblo no reconoce el valor que es nuestro Caimán fuera de aquí. El Caimán es algo de misterio; él nos visitaba mucho en el campo, en El Blanquito; en mi casa él me ponía la mano en la cabeza y me dijo que iba a ser un negrito muy inteligente.

”El Caimán nos representa aquí y afuera. Hay que hacer lo posible porque ese valor tanto material como espiritual quede escrito aquí en su pueblo. Este gran maestro, que lo considero como mi padre, me ha ayudado muchísimo; me ha animado a seguirle sus pasos. Aunque yo sea diferente a él, como dicen popularmente, sigo siendo el hijo de ‘El Caimán’. Humberto es un tremendo valor; la gente que sabe de cultura lo ubica”.

César Albornoz: “Admiro la inmensa capacidad que tiene Humberto Castillo de imaginar, de volar a horcajadas de un rayo de luz. Humberto es un niño”.

Fidel ‘Ringo’ Pineda: “Humberto tiene que ser de otra parte: Una persona así, ¿a dónde lo consigue uno? Tienen que estar metidos muchos espíritus en Humberto; primero por lo grande, el sombrerote y la barba; lo humilde y lo sencillo que es para hablar con la gente”.

Juan Ibáñez: “El Caimán sin chiva no es El Caimán”.

Juan Ramón Escalona B.: “El Caimán es un maestro; se ha ganado este título con toda la práctica que ha tenido. Detrás de El Caimán cuentista está El Caimán filósofo. Él es un árbol, tiene muchas ramas. El Caimán ha servido para retar a los muchachos para que hagan cuentos y para que valoren a sus abuelos. Hay mucha gente como El Caimán; él ha servido para alimentar y despertar eso. Lo más importante es que El Caimán no se ha dejado derrotar. El Caimán es una semilla de triunfo”.

Graciela Colmenares: “Conocer los cuentos de El Caimán es una caja de sorpresas. Es una persona muy preparada, si hubiera estudiado a lo mejor no hiciera cosas tan sencillas que llegan”.

Ana María Giménez: “Conocer los cuentos de El Caimán es tender una puerta hacia la imaginación”.

Pedro González: “Humberto Castillo se vuelve maestro en el cuento. Esa es la importancia de El Caimán. Tenemos la fortuna de tener a Humberto Castillo en Sanare”.

Teresa Hernández: “Esos cuentos tuyos tienen mucha enseñanza; en verdad instruyen; sirven para que la gente reflexione”.

Rafael Tamayo: “Humberto ‘Caimán’ Castillo es un cuentista literario; improvisador de los cuentos humorísticos. Enseña a los jóvenes a no consumir vicios; da ejemplo de cultura. Él es culto y le rinde culto a la cultura”.

Gerardo Escalona: “El duende nuestro está vivo: es El Caimán”.

Dominga Betancourt: “El Caimán no se pue’ cortá la chiva, porque ese es el lucimiento d’él”.

Graciela Anzola: “En los cuentos populares de El Caimán hay una estética bien definida; él juega con las leyes de la oralidad”.

Otilio Betancourt: “Le dábamos esas perolás de trigo a El Caimán. Nos ayudaba a esgraná el maíz y papá le decía que nos echara cuentos”.

Guillermo de León Calles: “He aquí una historia del tamaño de Sanare y todos los rincones mágicos del mundo, regida por un Caimán, que en el principio se hizo verbo y nos fue llenando de caminos, árboles y más árboles, en donde la gente sólo ha estado representada por él, él y él. Ante El Caimán nos quitamos el sombrero, porque es el absoluto duende que, con la palabra apurada y el *rasgunear* de su cuatro primitivo, puede entonarnos los cantos subterráneos de la vida. Bienaventurados, Caimán, los que podemos cargar tu credo en la conciencia”.

*Dedico este libro a to' las "constituciones" de Sanare, Lara,
Venezuela y la América
A las bibliotecas, universidades, escuelas y casas de la cultura
A los niños. A los campesinos. A to' las amistades
A to' el que aprecie y quiera aprendé. Ahí 'tá el libro pa' que aprendan; porque
uno viene a este mundo a enseñá, porque nada hace el que sabe y no enseña
Para los que le gusta cuidá los animales, los ríos, la montaña y la cultura.*

José Humberto Castillo
Sanare, 23 de mayo de 1997

cuentos de el caimán de sanare

El perro minero

Cuando yo era triponcito vivía abajote, en Las Rositas, y la escuela que había era la de Palo Verde. ¡Ah mundo, qué distancia, y las canillas doliéndome de tanto ir y venir a recibir clases! Mediodía me echaba caminando y por eso, para comer, me traía mi taparita de suero y dos arepas tumbabudares. Menos mal que iba con mi compañero, un perrito que habla, que me regaló mi padrino; chiquito todavía, pero de orejotas grandes, tan grandes que, caminando, se las pisaba.

La maestra Carmen pintaba un araguato en el pizarrón y enseñaba:

—¡A, a, a, a, araguato!

Y nosotros repetíamos:

—¡O, o, o, o, oso!

Y nosotros atrás; y mi perrito con los ojos pelados y las orejotas paradas, sin perderse nada de la explicación.

Llegadas las vacaciones, ya el perro estaba grande. Y, como entonces Sanare era montaña casi hasta Quíbor y en ella había lapas, cachicamos, venados, picures, rabipelados, mapurites, coloraditos y otros animales. Yo dije a preguntarme si el perro sería buen cazador.

—Voy con él a cazá —le dije un día a mi taita.

—Hijo, no vayáis a matá animalitos —pidió él, tanto que los quería.

—No —contesté yo— solo voy pa' ve'lo corré.

Y, ya en el monte, le recomendé al perro:

—Ya sabéis lo carrereáis, pero no lo mordéis.

Adelante se fue Respeto, que así se llamaba, y al rato lo oigo *latir*:

—¡La, la, la!

—¿Qué será la? —me pregunto.

Me asomo y, debajo de las patas le veo una lapa, pintadita, muy bonita.

—No la vayáis a mordé Respeto —le volví a pedir.

Él, entonces, la soltó para carrerearla un poquito más y, cuando la tuvo encuevada, se vino cansado. Con un gran aspaviento volvimos los dos a casa.

—¡Papaíto, mamaíta, hermanita!

—¿Qué pasó, hijo? —me preguntó mi taita.

—Que el perro se consiguió una lapa.

—¿Y ese aspaviento que traéis?

—Es que el perro aprendió a leé.

—¿Cómo?

—Que cuando vio una lapa, dijo a latí la, la, la...

—¡Ah, perro inteligente! —dijo mi taita; y se regó la noticia por todo el caserío.

Por eso, después de las vacaciones, yo lo seguí llevando a la escuela para que siguiera aprendiendo. ¡Si lo quería la maestra, por la inteligencia que tenía!

Un día mi taita, para verlo con sus ojos, se lo quiso llevar al monte.

—Búscame un bicho por ahí —le mandó.

—¡Ve, ve, ve...! —al rato se puso a latir Respeto.

—¿Qué animal será ese que se llama ve, ve, ve...?

Y, cuando pudo ver que era un venado dijo:

—¡Este perro si sabe leé como dice el chavalito! —y le mandó que soltara al venado, que ya tenía agarrado por una pata.

Pasó un tiempito y me tocó a mí llevarlo al monte. Al poco rato lo escucho latiendo.

—¡Lle, lle, lle...!

—¿Qué será lle? —digo yo—, ¿una yegua acaso?

Demasiado grande para traerla debajo de sus patas. Por eso me acerco y al levantarlas para que yo viera, es un... bi-lle-te.

—¡Un billete! —grité contento, y se me pusieron los ojos como el dos de oro.

—¡Papaíto, papaíto! —llegué a la casa gritando.

—¿Qué pasó, hijo?

—Mirá un billete que cazó Respeto.

—Dejame esculcalo —dijo él, amarrándolo—. Y es de cien bolíva-res. ¡Ay perro billetero que tenemos!

Con aquella plata mi taita compró ropa para toda la familia. Y lo que sobró, que aunque poquito entonces valía mucho, me lo dio a mí y yo me compré marusada de acemitas. Contento, me las fui comiendo y dándole también al perro para pagarle su trabajo.

Sería cosa de unos diítas y, ahí mismito, apareció gente con ganas de comprar a Respeto. Menos mal que mi taita me hizo caso y no lo vendió.

—Mucha plata es lo que vale este perro —dijo él—. Mañana me lo llevo al monte.

Pero yo quise acompañarlo para ver. Cuando él lo soltó en seguida oí latir.

—¡Ma, ma, ma...!

—¡Más, más, más billete! —gritó mi papá, que ya andaba con la mente llena de billetes.

Pero no era un mato, un mato ñemero de como cinco cuartas. El bicho se había encuevado y el perro, que no era perezoso, se puso a echar uña. Escarbó y escarbó, lo que apareció no fue el mato —para que vean que mi taita no estaba equivocado— sino una tinajita.

—¡Más plata! —dijo mi taita, la vació y contó más de quinientos fuertes...— ¡Ah, güena fuertamente! ¡Qué suerte la nuestra con este perro!

Y desde ese día la noticia de que teníamos un perro minero se regó más allá de Sanare, de Quibor y El Tocuyo.

—No lo vendo, no lo vendo —les repetía mi taita a los que llegaban para verlo.

Lástima que tanta suerte se acabara tan pronto. Respeto duró hasta el día en que una mapanare de siete narices lo mató.

El duende de la auyama

Esto fue una vez que era muchachito. Estábamos en Cuaresma, acercándose ya la Semana Santa, que es cuando salen muchos espíritus malos: el Hachador, el Berreador, el Hombre de la cadena, el Farol, la Llorona, la Dientona, los duendes y otros.

En Las Rositas, donde vivíamos entonces, mi taita tenía una huerta y, uno de aquellos días, me dijo:

—Hijo, vete a componeme esa güerta.

—Cómo no, dije yo.

Me comí una arepa de maíz churío con una taza de suero de chivo. Luego salí a cortar palos para componer la cerca de la huerta.

En aquella arboleda tan bonita, al lado de una peña y junto a un arroyo que pasaba, veo un roble de mucha madera.

Y, ¡paj!, cayó el palo con todo su peso. Rapidito, me puse a desarmarlo y a sacar mochetes pensando, en mi corazón, si aquel palo sería mágico, ¡tanto era lo que rendía!

En eso miro para un lado y veo que viene un muchachito, calzando polainas de guerrero, vistiendo un liquilique como de oro y con un sombrero grandísimo en la cabeza.

—Ese muchacho tan preparao que no parece de pu' aquí... —dije yo—, ¡ay, y esa espada que trae!

—¿Quién te dio orden de cortar ese palo? —me dice él con un vozarrón que no era de muchachito.

—Mi taita —le contesto.

—¿Tu taita? —dice él—. Ese no tiene derecho de cortar palo por aquí.

—Y vos, ¿quién sois? —le pregunto yo—, tan pequeño que te veo y tan duro que habláis.

—Yo soy el rey de los duendes —contesta él, hablando más duro, pero dejándome ver su cara de viejo arrugado—. Y... respeta, porque lo que te espera es Enea.

—¡Ay, no me vayáis a hacer mal! —le digo yo, sabiendo ahora que era un espíritu malo.

—Me has cortado un palo de mi palacio ¿y crees que no te voy a hacer nada? —dijo él.

—¡Ay, no! Yo no sabía. Soy inocente. Mira que ya viene la Semana Santa...

—No me vengas con cuentos.

—No me hagáis mal.

—Vente y camina —me ordenó el zambo agarrándome por la muñeca.

—Me agarraste muy duro.

—Camina cobarde.

Tuve que caminar a juro, arrastrándome él, hasta una vega donde había mucha auyama sembrada. Allá me soltó todo aporreado, y, mostrándome una auyama grandísima, me dijo:

—¿Ves esa auyama?

—Sí la veo, maluco —le contesté.

—Maluco eres tú, que me has trozado un palo de mi palacio. Lo que te espera es Enea.

—No me hagas mal, que ya viene la Semana Santa.

—Dime, si eres inteligente, ¿cuántos metros tendrá esa auyama?

—Como dos metros.

—¿Y sabes para qué es?

—¿Pa' qué, señor reicito?

—No me estés adulando. Esa auyama es para meterte adentro.

—¡No!

—¡Cómo que no! —dijo él, y, haciendo así con la espada, me volvió nada.

Cuando me acordé, ya estaba dentro de la auyama. Llorando por no poderla abrir, y escuchaba la risa del zambo:

—¡Ja, ja, ja! Ahí te dejo para que te mueras tostado como un gusano. ¡Ja, ja, ja! —así dijo, y se fue.

—¡Muérgano! —dije yo—. Me voy a morir aquí, sin ve la Semana Santa.

Pero, como dice el refrán “pa’l muerto no faltan velas ni pa’l borracho aguardiente”, se presentó por allá un hombre a comprar auyama y se enamoró de la grande donde yo estaba, la mejor para hacerle un velorio a San Antonio.

—Si hago bulla —dije, yo— entonces no la va a comprá —me quedé, pues, quietecito escuchando.

—¿Cuánto vale esta auyama? —preguntó el comprador.

—Esa no la quiero vendé, es pa’ semilla.

—Vendémela, chico es pa’ San Antonio.

—Güeno, —dijo el dueño, que se llamaba Antonio—, siendo así, te la doy en cuarenta bolívares.

—No siais tan temerario —dijo el otro—. Dámela más barata.

El dueño le rebajó un bolívar y con mucho trabajo montaron la auyama en un burro grande y fuerte como una mula. Y salimos. Yo tanteé como cuatro horas de camino por aquellos cerros.

Al fin llegamos al sitio de Los Vegones y escuché aquel velorio tan relindo, con guitarra, cinco y aquellos cuatros bien entonados. En eso, uno de esos chichaqueros que nunca faltan en las fiestas le pregunta al dueño de la auyama:

—¿Dónde la compraste?

—En Palo Verde ‘e Sanare, ‘onde llaman Las Rositas.

—¡Ah, güena mera auyama, chico! ‘Hora me la dais pa’ rajala ‘e un solo machetazo.

—¡Uxilio, uxilio! —grito yo enseguida—. No le den el machete a ese loco que me va a destrozá.

Fue un mal que yo hice: niños, mujeres, todo el mundo salió corriendo —y el loco con ellos. Pero como no falta nunca un valiente, allí se había quedado uno con su mujer y un niño. Y ahora decía:

—Voy a descubrir a ese que habló ahí adentro. Por parte 'e Dios, ¿quién es vivo o muerto?

—¡Vivooo! —contesté yo.

—No pue' sé —dijo él—. ¿Por dónde abrieron la auyama pa' metete?

—Mire, señor...

—¿Quién sois vos?

—Soy hijo 'e Juan Goyo. Un hombre me metió aquí adentro. Quiero que usté me salve.

—Así lo creo —díjole entonces. Y mandó a la mujer y al niño que fueran a avisar a los demás. Todo el mundo se vino y les explicó.

—¿Cómo rajamos la auyama? —se preguntaban.

—Con un cuchillo y con cuidado —rogué yo, para que no me fueran a matar.

—¿'Onde tenéis la cabeza? —preguntó el hombre valiente.

—En el cacho de la auyama.

Ahí encarnó el cuchillo y yo sentí la punta que me pasaba por la frente.

—Así, así —decía yo; y el cuchillo fue bajando, frunciéndome de frío la barriga.

—Al fin, la auyama quedó rajada y ¡ajo! yo aparecí amarillito, con los ojos pegados. Cuando los pude abrir, me preguntaron:

—¿Cómo te llamas vos?

—José Humberto Castillo, hijo 'e Juan Goyo y de María Elena Castillo. Y me escucharon el cuento con admiración.

—Ahora tenéis que bañate —me dijeron.

Me bañé, me pusieron a secar la ropa que llevaba y me dieron otra limpia. Pasé a la cocina y comí hervido con carne asada. Las muchachas me preguntaban que cómo era el duende y cómo me había metido en la auyama.

Velorié toda aquella noche: la gente cantando, los tonos, las salves y otras cosas que tiene el tamunangue, y los hombres echándose palos. Por la mañana me desayuné y luego me despedí.

Agarré el autobús de Miguel, el único que iba a Sanare entonces y que se echaba mediodía.

—¡Ay, mamaíta! —dije al llegar.

—¡Ay, hijito! ¿'Onde estuviste? —me preguntó mi taita.

—Un duende me metió en una auyama —contesté y conté todo.

—¡Ah, mundo! —decía él—. Y nosotros buscándote en comisiones por esos cerros. Vos tenéis una ventura grande.

Mis hermanas me besaban. ¡Qué alegría! Entonces pusieron un baile y me buscaron la mejor pareja del lugar. Toda la noche bailé y el cuento se regó por Palo Verde, por Sanare y por todas partes.

El pollo mágico

Con cien bolívares que me dio mi taita puse un negocio en Palo Verde. El negocio me fue ganando dinero y a los tres meses ya era de mil bolívares. Así, hasta que un día llegó un brujo.

—Vengo a quitarte mil bolívares fiaos —me dijo.

—Yo no fio —le contesté.

—Entonces, te pongo a mirá al revés —me amenazó.

Resulta que ese brujo con una oración le volteaba la nuca a la gente de manera que caminaba uno muy fiero pa' atrás.

—Pues, sabete que yo no he nació pa' que un brujo me domine.

Él se fue, pero yo quedé con el miedo de que me iba a embromar. Entonces de muchas hierbas hice un tabaco grande como un papelón: ruda, romero, mejorana, geranio, siempreviva, clavel, espantamabita, botón de la suerte y cariaquito, del rojo, del amarillo, del blanco y del morado; y recé esta oración: “Por el gran poder de Dios y to' los espíritus de las hierbas, que hagan una ñebla y se lleven a ese bicho pa' la casa del y no lo dejen más salí. Amén.”

Ahí mismito salió un ñeblón y se oscureció todo el caserío de Las Rositas.

—Va a llové —decía la gente—, porque hay un ñeblón...

No sabían que lo había hecho yo, víctima de un pícaro, para salvar mi plata. Como tres días la ñebla lo tuvo encerrado en su casa. Ahí fue cuando el brujo dijo:

—Ese hijo 'e Juan Goyo es muy maluco, pero me la va a pagá.

Dijo él su oración y le llegó el diablo.

—¿Qué quiere mi amo, pa' servirle? —le preguntó.

—Traeme un regalito pa' hacé desaparecé al hijo 'e Juan Goyo.

—Lo vamos a mandá pa' siete planetas —dijo el diablo—. ¿Qué es lo que le gusta a él?

—Le gustan mucho los animales de pluma.

—¿Los gallos?

—Sí.

—Le voy a traé la ñema roja 'e las gallinas del infierno.

Por la mañanita, en efecto, llegó el brujo y habló con mi taita:

—Vengo a traete un regalito pa' tu hijo, con esto mucha es la plata que va a ganá.

—¿Tenéis gallina culeca?

—Sí tenemos —respondió mi mamá.

La echó y a los cuarenta días salió un pollote.

—¡Kikirikí! —cantó muy finito.

Creció tanto el pollote que le dio un picotazo a mi mamá que por poco la mata.

Yo entonces lo encadené: pero, aún así, pasó un perro, una cabra y un ovejo, les dio su picotazo y los mató a los tres.

—Este bicho hay que vendelo —me dijo el taita.

—No —le expliqué—, que no hay rivales pa' él. Dejámelo quieto.

—Yo le voy a poné bozal y freno pa' que no vuelva a picá a los otros animales —dijo el taita.

La suerte con ese gallo nos vino aquí en Sanare cuando hubo una juega de gallos y nos visitaba gente de todas partes. Venía nada menos que el gallo Giro, porque habían dicho que el hijo 'e Juan Goyo tenía un gallo que no tenía rival.

Yo fui a la juega con el gallo metido en un saco cacaero que le cabían cien kilos. Mi mamá me dio tres mil bolívares y mi taita veinte mil y yo tenía cuatro mil. Me iba a jugar veintisiete mil bolívares.

—Ese gallo es muy grande, pero no sirve pa' ná, —decía todo el mundo burlándose—. Es un pataruco.

Más le tenía miedo la gente a un garrote de sarna, que cargaba por si acaso alguien no me quería pagar, un palo dado por las canillas lo ponía sarnoso a uno como un zorro.

Comenzó la juega. El amo del gallo Giro, que era muy rico, echó su gallo y yo le zumbé el mío.

Pues, todo fue como un relámpago. Mi gallo le dio una patada y un picotazo al Giro y lo mató en seco.

—¡Kikiriki! —cantó y se fue de un solo *volío* pa' Las Rositas.

—Ya mi gallo ganó —grité contento.

Me entregaron los veintisiete mil bolívares y me fui corriendo para la casa.

Le devolví la plata prestada a mis padres.

—Gracias, Albertico —me dijeron—. Tú eres muy güena paga. El que paga *jalla*. Con la plata ganada yo puse un tronco e' negocio.

El gallo ya era un aguilón, del porte de un burro.

—Yo voy a enjamugá el gallo —le digo a mi taita—. Me voy pa'l campo a buscá chícharos y cambures.

Me puse la chaqueta mágica que el duende me había regalado y me monté en el gallo. Pero vean lo que pasó. En lugar de coger para el campo, echó a volar arriba, arriba, como cohete... ¡Ay, la tierra que se alejaba y yo con el corazón partido de miedo!

Como estuvimos volando un día. Menos mal que yo cargaba avío para comer y una garrafa de agua para beber, pero nada que me quitara el susto. Así, arriba, arriba, seguía pensando en la venganza del brujo. Y, como era lunes llegamos al planeta Lunario.

Bajamos, pero había pura roca; nada de agua; menos mal que yo cargaba la mía y con ella me quitaba la sed.

El día martes volamos al planeta Martes. ¡Uh! Hacía mucho frío, pero la chaqueta me daba calor.

El día miércoles volamos al planeta Mercurio, uno rojo con nubes líquidas. Hacía calor, pero la chaqueta me daba frío.

El día jueves nos fuimos al planeta Júpita, donde había mangos y naranjas, pero uno no los podía tocar porque reventaban de un tiro.

Llegó el viernes y llegamos al planeta Viel. ¡Ah, puros cerros y mucho calor! Mi agua hervía sola en la garrafa.

Llegó el sábado y nosotros llegamos a Saturno. Es como una *recola* de todos los colores. Yo abrí mi chaqueta y todo se puso azul.

Y claro que cuando vino el domingo llegamos nada menos que al planeta Dóminis, un planeta donde no llega nadie, ni siquiera los gringos, pero donde está San Pedro.

—¿De 'ónde venís? —me pregunta el santo.

—Vengo 'e la tierra en este pollo mágico.

—Pasá pa' que viais.

Y me llevó a ver a las ánimas en aquello tan bonito, con montañas y borbollones de agua, con flores por todas partes. Yo aproveché para llenar mi garrafa. Después me quedé mirando la tierra con aquellas ganas que tenía de volver. Pero, ¡ay!, en eso veo que mi pollo ha desaparecido.

—¿Y el gallo? —le pregunto a San Pedro.

—¡Ah! —me dice él—. Dejálo quieto que ese es un pollo del infierno.

Yo entonces dije a llorar pensando cómo me volvería a la tierra.

—No lloréis hijo —me consoló el santo— que yo te voy a poné en tu planeta.

Sacó siete carretones de hilo, fuerte como cadena, y amarró la puntica del primer palo del corredor de su casa y lo entregó a un ángel, y el otro carretón a otro ángel, y así los demás hasta siete ángeles llamados pulseadores, para amarrar un planeta con el otro hasta llegar a la tierra.

—¡Que te vaya bien! —me dijo San Pedro.

Y yo me vine resbalando de un planeta a otro, hasta llegar a la tierra. Quedé guindando y faltándome como tres metros para tocar la tierra.

—Acérquenme la sábana pa' no aporriame —le pedí a los espíritus. Caí creo que en los Llanos de Apure, y nadie que me viera. Llegué a la carretera y cuando pasó un autobús me vine para Barquisimeto y de ahí para Sanare, caminandito para Las Rositas.

Le eché el cuento a mi taita y a mi mamá, a los amigos y a los niños de Palo Verde. Cuando el brujo supo que yo había regresado, cogió y se fue y más nunca volvió al caserío. ¡Quién sabe si se fue para el infierno con aquel pollo!

El burro echor

Yo tenía un burro que era *echor*, es decir, de esos que son buenos para agarrar mulas, y con él me iba para el campo cargando arroz, papelón, sal, sardinas, saloncito de chivo, velas, chimó, toda broma. Y traía para Sanare los bolsillos llenos de plata.

Ahora en diciembre, cerquita ya la Pascua, yo iba a buscar hojas de cambure para hacer las hayacas. Llego al sitio y un viejito, al ver el animal dice:

—¡Ah, burrito güeno!

—Sí, es un burro echor. Mi taita quiere que lo cuide mucho. Usted que tiene experiencia: ¿No sale el tigre pu' aquí?

—¡Ja! Anoche no más mató a una novilla en ese cerro.

—¡Ajo! ¿Dónde cree usted entonces que yo pue'o amarrá mi burrito?

—Amarrálo en el pajonal que hay en aquel jondito.

Como ya estaba descargado, lo fui a amarrar.

—Ahí te dejo pa' que comáis al gusto tuyo —le dije.

—¡Ja, aji, aji, aji...! —me *roseó* él, como si fuera despidiéndose—. ¡Ecito, era tan toñeco!

Yo me fui a organizar la carga con las hojas que ya la familia del viejito había asado. Después me quedé conversando con ellos y echando cuentos.

—Al primer canto 'e gallo me voy —les dije, y todo el mundo se fue a acostar.

Pues bien, con el puro pensamiento del tigre, esa noche no pude dormir.

Serían las dos de la madrugada cuando escuché aquel gallo haciendo ¡tas, tas, tá! con las alas y cantando ¡kokoroko!

—¡Muchachito! —me avisó el viejito— ya cantó el gallo.

Me levanto y enseguida salgo a buscar al burro, pero lo hallo muy corcoveón ¡Barajo! En aquella oscuridad me comió un pedazo de pantalón. Agarro entonces un palo para pegarle y, ¡chas!, me arranca una manga de la camisa.

—Primera vez en la vida, dije, que este burro se pone tan furioso.

Saco entonces un quiebrahuesos que cargaba en la faldiguera y, para dominarlo, se lo pongo en las narices, dándole vueltas como un alfeñique. Nada; el animal seguía pataleando y mordiendo como una fiera.

Al fin logré llevarlo a aquella casa.

—Muchachito.

—Aquí traigo el burro, pero 'ta muy mañoso.

—Pero vos le sabéis la idea.

—Sí, ya le puse el quiebrahueso. Y, ¡juapi, juapi!, de más palos que le di, al fin alcancé un batalón y aseguré el animal con un cabresto por la barriga.

—¡Ajá, zambito! —le dije— 'táis apretaito ahora.

—¡Purpuf! —hizo él, tirándose un viento, y yo le apreté más la cincha. Le puse jamuga, apretá, arristranco y gurupera de una vez, junto con la carga de hojas.

En aquella oscuridad pelé por un bejuco para apurar el animalito y me monté, arriándolo facilito, como si fuera terciopelo.

—¡Adiós! ¿Cuándo venís? —me dijo el viejito.

—La otra semana, si Dios quiere.

Caminando un buen rato, paso por la primera montaña, que llaman Las Quebraditas, y escucho el pájaro guarurero ¡turún, turún, turún! y el zamuro budare haciendo ¡jua, jua, jua! y otro que hacía ¡pu, pu, pu!

—Este es un paují —dije yo; y, ya pasado Barro Negro, me metí por esa otra montaña que dicen de hacha.

Por ella venía amaneciendo, tranquilo, cuando me topo con una gentada que también iba en busca de hojas de cambure.

—¡Huy, huy! —decían, al verme, y se apartaban corriendo en medio de aquella neblina.

—¡Ah, vaina! —decía yo—. ¿Será por la camisa y el pantalón que traigo mochos que me ven tan feo pa' *jui* tanto?

—¡Huy, huy! —decían más adelante otros rebañitos de gente, corriendo más asustados todavía.

—En lo que llegue a la casa me voy a mirá en el espejo. ¿Cómo voy a bailá 'horita en las pascuas?

Pero fiero o no, tuve que seguir y hallé muy bravo el páramo. ¡Ajo, que frío! Me eché un palo 'e miche y me topé con más gente que se asustaba, yo pensaba si también se asustaría así la novia que tenía. ¡Ecita la zipotica!

Ya en la otra banda, para que la gente no me tuviera miedo, me pongo a cantar la canción del pobre venadito:

Soy el pobre venadito
que vive en la serranía;
como no soy tan mansito,
no bajo al pueblo de día.
De noche poco a poco,
para verte vida mía.

El pájaro carpintero
para trabajar se agacha
cuando va con su muchacha
hasta el pico lo arremacha.
Yo también soy carpintero
para enamorar muchachas.

Y esta fue la majadita
donde yo corté la tuna;
como soy hombre formal,
no me gusta tener una;

me gusta tener de a dos
por si se me moja alguna.

Ya con esta me despido;
por otra parte le doy la vuelta
para que me libre Dios
de una niña muy coqueta,
de esas que por Dios, mamá,
ni se asoman a la puerta.

Pero, en lo que entro a Sanare, veo a la gente más asustada todavía,
como si yo fuera el mismo diablo.

—¿Qué será? —pensaba preocupado.

—¡Huy, huy, huy! —gritaban y cerraban las casas y las bodegas;
hasta vi cerrarse la casa grande de Gobierno y la iglesia.

—¡Huy, huy, huy! —dicen ellos; y no me dicen por qué me tienen
miedo.

A mi paso, la gente seguía corriendo, las mujeres enredándose en
los camisones de holanda, hasta que llegando a la alcabala vieja oigo al
finado Patricio que grita:

—¡Ahí viene el hijo 'e Juan Goyo montao en un tigre!

—¡Dios mío! —grito al mirarle los bigotes y las uñas al bicho. Pego
ese brinco para parar en la horqueta de un eucalipto, mirando como un
purgado.

Desde allá vi cómo el tigre reventaba el cabestro, tumbaba la
jamuga con todo y carga, y se huía al monte con toda la fuerza que tenía
por haberse comido el burrito mío.

—¡Huy! —volvieron a gritar al ver.

Yo miro el bejuco y veo que es una mapanare que tenía agarrada
por la nuca.

—¡Ajo! —grité, largándola, aunque ya estaba muerta de tanto que
la había usado para chaparrear al tigre—. ¡Toy vivo 'e broma!

Entonces quité un animal prestado y así pude llegar a la casa a
tiempo para que mis hermanas hicieran las hayacas. Mi taita pasó mal
aquellas pascuas, pensando en su burrito echor. Mi único consuelo fue
ver a mi noviecita riéndose por lo que me había pasado.

La cooperativa de tío Conejo

Ese era un pueblo feliz porque en él no había ni sombra de tigres. Estaba tío Conejo, tío Chuco, tío Oso, tío Zorro, tío Cachicamo, tío Venado, tío Picure, tía Lapa, tío Rabipelado, tío Mapurite; también estaban los salvajes, las abejas; vacas, chivos y ovejos; y no se cuántos animales más.

¡Sabroso que vivían en aquellas montañas y sabanas, trabajando en sus conucos y comiéndose sus frutos sin que nadie los molestara!

Un paraíso sería, hasta que un día, después de una guerra que hubo en el país de los tigres, los que se salvaron de la peste decidieron emigrar.

Y quiso la mala suerte que aquella tigramenta llegara a vista del pueblo feliz de nuestros animales.

—¡Chico! —dijo el que era capataz de los tigres— ¡Qué rico en comida debe ser ese pueblo!

Y, como nunca había visto ni vacas ni chivos, preguntó:

—¿Cómo se llaman esos animales que tienen palos en la cabeza?

—¡Ah! —contestó un tigre que era musiú—. Llamarse vacas, llamarse cabras. *Wachi fai, kachín fara fatar*, ¡comida sabrosa: mucho engordar!, ¡Ijijí, ojojó, ujujú!

A la orden del capataz, los tigres se lanzaron sobre aquel ganado. ¡Mu! ¡Be! Mataron unas reses y se pusieron a comer.

Al ver aquella matanza, los habitantes del pueblo feliz corrieron por el otro lado, a esconderse en el monte.

—¡Tas, tas, toq! —avisó enseguida el cheremeco con su telégrafo, para que los demás animalitos del monte supieran qué estaba pasando.

—Aquí vamos a estar sabroso —dijeron los tigres. Después de quitarse el hambre bajaron a la quebrada a beber agua.

Mirando aquellos *planes* tan bonitos, sembrados de matas de toda clase, se quedaron conversando el resto del día.

—*Wachi fai, cachi fi* —dijo al asesor de los tigres—. Ahí donde sembrar paja para criar animalotes y comer carne mucha.

Al día siguiente, ante los ojos asustados de sus dueños sacaron los tigres aquellas ñotas y dijeron a arrancar mangos, guayabos, naranjos, aguacates, cutuprices... todo para el suelo. Después sembraron paja y, cuando ya ésta había crecido, para allá arriaron al ganado.

No sería mucho el tiempo que pasó, sin embargo, y a aquella paja le pegó una peste.

—Gusano maluco comerse paja sembrada —dijo el tigre musiú—. ¡*Wachi fai!* Yo conocer veneno para matar esos bichos.

Al otro día, en efecto, salió con otros tigres, esculcando por aquellos cerros, hasta que hallaron los minerales con qué hacer el veneno.

Una vez hecho, lo experimentaron en un pobre grillo: ahí mismito estiró las patitas.

—¡Buen veneno! —gritaron—. ¡Ijijí, ojojó, ujujú! —recogieron e hicieron bastante y vinieron a echárselo a los pajonales.

—¡Un mal que hicieron! Murieron grillos, hormigas, lombrices, coquitos, pajaritos.... y, como la lluvia corrió el veneno para la quebrada, se envenenaron una trulla de animales que iban a tomar agua.

Ante aquella animalada que amaneció tiesa a tío Conejo le cayeron tremendas lagrimotas.

Sin tierra y sin comida y con el agua envenenada, los animales que quedaban vivos se presentaron a su líder y dijeron:

—¿Qué hacemos? Esos carrizos van a terminar con todos nosotros.

Tío Conejo, entonces, hizo que su gente se reuniera secretamente en el monte:

—Señoras, señores y señoritas —les habló—: los tigres nos han quitado la tierra, nos han tumbado las matas, nos han envenenado las aguas, han matado a nuestros hermanos y nosotros estamos pasando hambre. Tenemos que avisarnos. Vamos a hacer una cooperativa.

—¡Sí! —gritaron los animales, aplaudiendo con aquella cascamentá—. ¡Taj, taj, taj!

Tío Conejo explicó bien qué era una cooperativa y terminó diciendo:

—Habrá que avisar a los salvajes para que vengan a ayudarnos. A ellos los tigres les tienen miedo.

Estaban todos los animales emocionados con la idea, cuando de repente se oyeron ronquidos y aparecieron los más tacones de aquellos tigres.

—¿Qué estaban haciendo? —preguntaron—. ¿No saben que donde estamos nosotros está prohibido reunirse?

Asustados, y como pudieron, los animales echaron a correr. Agarrados por los tigres quedaron tío Conejo y sus secretarios, un oso y un chuco, que fueron llevados presos a una cueva.

—Así aprenderán a hacer cooperativas contra nosotros —les decían los tigres, mientras les daban cueros.

A tío Conejo, por ser el líder, le daban monda cada cuarenta minutos.

—¡Desagradecido! —le decían—, te hemos dejado la vida y no estás conforme.

A todo esto, ya los cheremecos habían dado noticia de lo ocurrido y llegaron a saberlo los salvajes.

Reunidos por un chuco, los animales se pusieron a conferenciar.

—¿Qué hacemos?

—Tenemos que liberar a nuestros compañeros.

—Tengo una idea —dijo tío Chuco—. —Vamos a dormir a esos muérganos con bebida de dormilona.

Salieron, pues, a recoger bastante de esa hierba, hicieron bebida, lo mezclaron con cocuy y, metida en tapara, fueron con ellas adonde los tigres que cuidaban el calabozo. Más atrasito, seguían los salvajes, pero sin aparecer ante los tigres.

—¡Cocuy importado! —gritó el chuco al llegar aparentando valor.

—Pásamelo para ver si es verdad —dijo el capataz de los tigres, que tenía frío y tiempo sin probar cocuy.

—Es del bueno, como merece usted, que es el rey de los tigres —dijo el chuco y le pasó la tapara.

—¡Ja, ja, ja! —dijo el tigre—. Yo soy el más respetado de los animales.

—Sí —dijo el chuco—, usted es muy guapo.

—¡Ja, ja, ja! —rió el tigre y se puso a tomar.

Los animales entregaron las otras taparas a los demás tigres. Mientras todos tomaban, los presos miraban por una rendijita de la cueva, que estaba cerrada con un peña. Los de afuera les picaban el ojo.

—¡Ijii, ijii, ijii! —decían rascados los tigres; pero al rato, por el efecto de la dormilona, estaban también toditos dormidos.

Aparecieron entonces los salvajes, armados de rolos, bejucos y piedras amoladas, y amarraron a los tigres. En seguida fueron a liberar a tío Conejo y sus compañeros. ¡Ecitos, venían moreteados de tanto cuero que habían llevado! Entonces a los tigres los salvajes les trozaron uñas y bigotes. ¡Fieros que se veían ahora!

—Esto es para que sigan echando varilla —dijo tío Conejo.

—¡Ajo! ¿Qué pasó? —preguntaron los tigres, cuando se despertaron maniatados, sin uñas y sin bigotes.

—Así es cómo queríamos verlos —dijo tío Conejo—. Bien poquita cosa es lo que les quitamos en comparación a la tierra y la comida que nos han quitado ustedes. Matarlos con el mismo veneno con que ustedes mataron a nuestros compañeros es lo que debíamos haber hecho.

—¡No! —roncó el capataz de los tigres, tratando de soltarse; pero, por si acaso, se le fue encima un salvaje amenazándolo con un rolo.

—No los vamos a soltar —dijo otro salvaje—, hasta que ustedes juren que van dejar quietas nuestras matas.

—Y a respetar nuestra cooperativa —agregó tío Chuco.

Tío Conejo puso entonces a los tigres las condiciones para quedar libres.

Al fin, los tigres juraron, también en nombre de los compañeros, que no estaban. Acto seguido, tío Conejo dio orden a los salvajes de que los soltaran.

Al día siguiente, mientras tío Cachicamo y otros animales estaban tapando las minas de donde los tigres habían sacado los minerales para

el veneno, los salvajes, como policías que eran de la cooperativa, recorrían su tierra. Solo fuera de ella tenían permiso los tigres para sembrar paja y criar ganado para comer, sin usar veneno. Desde una loma tío Conejo, tío Chuco y tío Oso se reían al verlos trabajar con aquellas uñas mochas y aquellas narices desbigotadas.

La lección había sido buena.

—¡Ojalá los campesinos pobres fuéramos así de vivos y valientes, para darles la misma lección a quienes nos han quitado las tierras y con ellas nuestra comida y felicidad!

Los dos perros que se comieron

Eran dos compadres ricos. Uno vivía acá en Sanare y el otro en el campo; y los dos tenían una hacienda de café.

Un día salió el de Sanare con una mula cargada de todo lo que no había en el campo, un salón de chivo, sal, papelón, hilo, dril, jabón y chimó. A la ahijada le llevaba de regalo zarcillos, zapatos y un camisón.

Ahora resulta que ese compadre tenía un perro muy grande, capaz de comerse solo un salón de chivo, y se sentía orgulloso de él porque nadie tenía uno igual. Lo que no sabía era que el compadre del campo sí tenía uno igual. En ese viaje al campo, pues montado en su bestia y la mula cargada, se llevó su perro.

De repente, por el camino, escuchó una bulla, era un tigre que le estaba saliendo al paso.

—¡Güen amigo bríncále! —le gritó.

Pues, al rato, con su fuerza y su *baquía*, el perro tenía dominado al tigre y lo mató. El hombre, entonces, se bajó de la bestia, desolló al tigre y puso el cuero delante de la cañonera.

Siguió y llegó pronto a la casa del compadre del campo.

—¡Compadre! —gritó éste al ver el cuero—. ¿Mató un tigre?

—Sí; me vide feo con ese animal —respondió el compadre de Sanare—. “Toy orgulloso ‘e ese perro. Porque no tiene rival. Ni siquiera el tigre se lo gana...”

—Pues, yo tengo otro igual —contestó el compadre del campo—; pero lo cargan los muchachos pa'l monte.

Al rato, en efecto, llegaron los muchachos con el perro y, para que comiera, le echaron un saco de chícharos sancochados y un saco de arepas migá.

Terminado que hubo ese de comer, los dos perros se olieron, después se echaron una mirada y se agarraron a pelear. Tumbaban matas de café, de majagua, de guama y hasta de bucare. Tenían los dientes peores que hacha.

—Me van a acabá la hacienda... —decía el compadre del campo. Y los dos compadres cargando agua para desapartarlos hasta que quedó seca la quebrada.

Toda la noche siguió la pelea por aquella hacienda y por la montaña, llegando hasta Quibor y El Tocuyo... Por fin, volvieron y serían las cuatro de la madrugada cuando sus dueños agarraron el sueño. Como a las ocho se recordaron y fueron a ver cuál había ganado la pelea. ¡Ninguno!

Los dos muy guapos, se habían comido *entriambos* y quedaron fue los dos rabos de recuerdo.

El compadre del campo se quedó con el rabo de su perro y el de Sanare se vino trayendo el suyo para el pueblo.

Juan Salvajito

Esta era una muchacha rica y bonita, que solo salía a la quebrada cuando su mamá la mandaba a lavar la ropa de tantos hermanos que tenía.

Una de esas veces, llegó a la otra banda de la quebrada un salvaje y le gustó tanto la muchacha que desde entonces se la pasaba vigilándola. Enamorado de ella, hasta se chupaba la tierra donde orinaba. Así, hasta que un día la muchacha, después de un velorio que había habido en su casa, por trasnochada se durmió en la orilla.

—Esta es mi hora —dijo el salvaje—. Esa zipota es mía.

Bajó, la agarró y se la echó al lomo. Como al despertar, ella se puso a gritar, él le tapó la boca y siguió caminando monte adentro. Cuando su mamá la fue a buscar, la pura ropita a medio lavar fue lo que halló.

Allá en la montaña, en lo alto de un palo, el salvaje ya tenía preparada una troja con su techito de palma y una camita de hojas. Acostó, pues, a la muchacha de una vez y dijo a lamberle pies y manos para ponerse los niñitos, no fuera que intentara bajarse. Después, salió a buscarle fruta para que comiera.

Pasó un tiempo y, preñada del salvaje, la mujer parió un muchachito peludo, pero fuerte y avisado como él solo. La madre lo quería

mucho y lo cuidaba cuando su papá salía en busca de comida para la familia.

Un día, pasó por el lugar un cazador y, como escuchó el llorío del niño, apuntó con la escopeta.

—¡Eh, eh! —gritó la mujer—. Soy yo.

—¿Y quién sois vos?

—La hija de don Alejandro y doña María. Tengo dos años aquí vi-
viendo con un salvaje. Tengo niñitos pies y manos y no puedo bajarme.
¿Por qué no me baja usted?

—Si viene el salvaje, me mata —dijo el cazador.

—Él anda lejos.

El cazador, como pudo, bajó a la mujer y al niñito.

—¡Ih, ih! —gritaba éste, mordiendo al que lo cargaba.

Llegaron al pueblo, por fin, y a la casa de los padres de la muchacha. Aquello fue una fiesta muy grande.

—¡M' hija! ¡M' hijita! —gritaban los padres, llorando de alegría.

—¿Y este muchachito tan peludo? —preguntó don Alejandro y, como ella le explicara, él dijo—: ¡Ah, muérgano! Ahora mismo salimos pa' matarlo.

—No le vayas a hacer mal, papá —le suplicó ella.

—Es un salvaje, pero me ha conseguido comida durante todo ese tiempo.

Al fin, bien pagado, se despidió el cazador.

Pero al día siguiente, por la otra banda de la quebrada, apareció gritando muy bravo el salvaje.

—Déjenlo quieto —les decía la mujer a sus hermanos que querían cazarlo.

Por fin, hastiado de tanto esperar que su amada volviera a la quebrada, el salvaje cogió y se fue.

Al muchachito lo fueron criando y la gente comenzó a decirle Juan Salvajito. Lo metieron en la escuela; pero, como los compañeros le echaban mucha broma por ser tan peludo, él respondía con los golpes.

—Ese muchachito es muy estudiador —decía la maestra, pero caciquea a los demás.

Eran querellas todos los días para la madre y los abuelos que se cansaban de regañarlo.

—Es que me echan mucha vaina —decía él.

Siendo todavía niño, ya cargaba un garrote de cómo tres arrobas. Mayorcito iba a los bailes y temblaba la gente al no más verlo llegar.

Lástima que no gustara a las muchachas, aunque su mamá se esmeraba tanto en arreglarle la ropita para que no vieran lo peludo que era.

Para trabajar sí era buenazo. Salía con su abuelo y con su machete, escardilla o lo que fuera, y se ganaba a todos los peones. Tres tareas eran un ratico para él.

Un día, sin embargo, como siempre decía que su destino era la montaña, se terció una mochila llena de semillas y se despidió:

—¡Chon, mamaíta! —y salió a caminar con su garrote.

Más adelante se encontró con un hombre que cargaba una sogla larguísima y le preguntó:

—¿Cómo te llamáis vos?

—Yo me llamo Tumbamontaña.

—¿Por qué así?

—Porque soy muy fuerte y, cuando quiero tumbá una montaña, la enlazo con esta sogla y, ¡ras!, la dejo tumbá.

—Yo también soy fuerte y nací en esta montaña. ¿Por qué no te ponéis a caminar conmigo?

Y siguieron juntos. Más adelante se toparon con uno que estaba cocinando con muchos peroles sobre la candela.

—¿Cómo te llamáis vos? —le preguntó Juan Salvajito.

—Yo me llamo Gran Comedor y to' lo que 'toy cocinando no es sino un bocao pa' mí.

—¿Por qué no nos das algo de comé y después te juntáis para caminá con nosotros?

—Agarren su comía, pues —dijo el hombre, ofreciéndole a cada uno una olla llena de carne.

Comieron y siguieron caminando los tres. Más adelante se toparon con un cazador que estaba mirando para arriba.

—¿Cómo te llamáis vos?

—Yo me llamo Gran Tirador, tiré una paloma ayer y tuavía no ha caído.

—¡Na guará! ¿Cómo seréis vos de fino pa' tirá tan alto con esa escopeta! ¿Por qué no te vais con nosotros?

Y siguieron los cuatro. Más adelante se toparon con el ayudante del cazador, un muchacho que cargaba dos piedras amarradas a las rodillas y se llamaban Corrí Corramos.

—¿Por qué cargáis esas piedras en las rodillas? —le preguntó Juan Salvajito.

—Pa' no pasame de 'onde vaya a caé la paloma.

—Cómo que esa paloma va a tardá mucho tuavía pa' cae. ¿Por qué mejor no te vais con nosotros de una vez?

Y también se juntó para que fueran cinco. Caminaron y caminaron, por aquella montaña, hasta llegar a un sitio bonito. Allá, encima de una laja, había un letrero que decía: "Montaña sí puedo".

—Aquí nos vamo a quedá —dijo Juan Salvajito.

Había mucha palma y paja y aquella gente se hizo allá su casa.

—Ahora tenemos que sembrá, si queremos comé —siguió diciendo Juan Salvajito, y les preguntó a sus compañeros si podían trabajar.

—Sí puedo —contestó cada uno de ellos.

Macanearon pues, un rastrojo donde todavía había matas de cambure cargando y dijeron a sembrar maíz, yuca, caraotas, chícharos, paspasas... un poco de todas aquellas semillas que había traído Juan Salvajito.

Al otro día, de madrugada, Juan Salvajito mandó a Gran Tirador y a Corrí Corramos a cazar algo para comer con los cambure verdes del rastrojo.

Pronto los cazadores trajeron unas torcazas y Juan Salvajito mandó a todo el mundo a trabajar en el conuco.

—Vayan ustedes, que yo me quedo a cociná.

La gente se fue, y, mientras él estaba cocinando llegó una vieja encantada, ¡tetona como ella sola!, que al oler la comida preguntó:

—¿Qué es lo que tenéis de güeno pa' comé?

—Caldito de torcaza con cambure.

—Dame, pues, pa' probálo —dijo la vieja.

Y Juan Salvajito le sirvió una totuma llena de caldo con camburito y una presita de torcaza.

—Divino 'tá el caldito —dijo la vieja—. Dame más.

—No —dijo Juan Salvajito—, tiene que alcanzá pa' los trabajadores que ya vienen del conuco.

—Dame más —insistió la vieja; pero, como aquél no le daba, cogió y se fue.

Llegada la gente, se pusieron todos a comer y Juan Salvajito a hablar de la vieja tetona.

Al día siguiente, salieron de madrugada los cazadores y esta vez trajeron una guacharaca. Todos se fueron a trabajar al conuco y, para cocinar, le tocó quedarse a Tumbamontaña.

A la misma hora del día anterior, volvió a aparecer la vieja encantada.

—¿Qué 'tais cocinando? —le preguntó a Tumbamontaña.

—Caldito 'e guacharaca con cambure.

—'Hora me dais pa' probálo.

—No te doy —dijo el cocinero.

—Si no me dais —amenazó la vieja— te doy un tetazo.

El hombre entonces le dio. Ella comió y le pidió más; pero como Tumbamontaña se negó, le pegó tremendo tetazo a él y un puntapié a la olla botando toda la comida.

La vieja se fue y cuando volvieron los trabajadores, tuvieron que comer guacharaca con cambure sin caldo.

Tempranito al día siguiente, los cazadores habían traído un guayón, esta vez, después de salir los trabajadores se quedó para cocinar Gran Comedor.

A la misma hora aparece la vieja y pregunta:

—¿Qué 'taís cocinando?

—Caldito 'e guayón con cambure.

—'Hora me dais pa' probalo.

Y Gran Comedor del miedo que le tenía a los tetazos le sirvió media totuma.

—Vos si sois pichirre —dijo la vieja y se comió todo en un momento.

Pero, como al rato ella volvió a pedir Gran Comedor le regañó:

—¿Cómo se te ocurre! Esto es pa' la gente que 'ta...

La vieja, sin dejarle terminar la explicación, le pegó tremendo tetazo a él y un puntapié a la olla, botando otra vez la comida. De manera que, cuando hubo llegado la gente, el guayón con cambure tuvieron que comérselos sin caldo.

Al otro día los cazadores habían traído un paují. Salieron los trabajadores y, para cocinar, se quedó Corrán Corramos.

—¡Cazaron un paují! —dijo la vieja, después de llegar y mirar la olla— ‘Hora me dais caldito con cambure y una presita ‘e paují.

El muchacho le dio, pero como no le repitió cuando ella volvió a pedir, la vieja le pegó tremendo tetazo a él y un puntapié a la olla botando toda la comida.

Al día siguiente Gran Tirador y Corrán Corramos no habían conseguido cacería. Se fueron, de todos modos, toditos a trabajar como siempre. En la casa, de cocinero, volvió a quedarse Juan Salvajito. Estaba bravo porque llevaba días sin probar caldo y de ñapa hoy no había carne.

¡Mirá, ‘toy hasta aquí contigo! Todos los días botas el caldo. No me pidais comida porque no te voy a dar.

—Dame manque sea un poquito, hijo, como el otro día.

—¡No!

—Mirá que si no me dais te hago a vos lo que le hice a tus compañeros.

—¡No te doy! —volvió a gritar Juan Salvajito.

Y como la vieja se le vino encima para pegarle con la teta, él se la agarró y se la arrancó.

—Dame mi teta —gritaba la vieja, sangrando, llorando y apretándose la herida.

—Vení acá, maldita, que te voy a arrancá la otra —la amenazó Juan Salvajito.

Y fue solo así como logró que la vieja se fuera, dejando aquel reguero de sangre. Entonces, ni corto ni perezoso, Juan Salvajito tasajeó y adobó bien aquella teta y la puso a hervir para hacerle caldo a sus compañeros.

Cuando volvieron se sentaron a comer. Todos decían contentos:

—¿Qué cacería es esta tan sabrosa?

—Coman primero que luego les diré.

La gente se lambía los bigotes de tanto que les había gustado aquella comida.

—¿No hay más? —le preguntaban al cocinero.

—Sí, había más —contestó Juan Salvajito— pero la otra mitá se la llevó la vieja. Si quieren mañana vamos a quitársela.

—¡Sí, vamos! —gritaron todos.

A la mañana siguiente, pues, siguiendo Juan Salvajito los rastros dejados, llegó con su gente arriba de una peña que tenía un hueco en el medio como para colarse por él.

—Esta es la casa encantá de la vieja tetona —dijo—. ¿Quién se va a bajá pa' agarrá la cacería que nos quitó?

—¡Yo! —gritó todo el mundo.

—Muy bien, dijo Juan Salvajito —pero déjenme bajame yo primero pa' ve cómo es eso.

Juan Salvajito, agarró un cabo de sogá y Tumbamontaña lo fue bajando por aquel hueco.

—Cuando sientan un jalón —les había dicho— ustedes jalen p' arriba.

Como veinte metros bajó el muchacho, llegado abajo, vio todas las maravillas de un palacio encantado. Lo malo era que en el medio del corredor había un toro grandísimo y bravísimo que no dejaba pasar para unos cuartos que había más adelante.

Tanto es así que, cuando Juan Salvajito quiso avanzar, el toro se le vino *encina*, se lo encaramó en los cachos y lo puso en el mismo hueco por donde había entrado. Ahí mismito los de arriba sintieron el jalón y lo sacaron. Curiosos, le preguntaban:

—¿Qué viste? ¿No 'taba la vieja?

Y el muchacho contó lo que había visto, lo que pasó con el toro, que había unas muchachas. Luego, cogió, pues, su garrote y se hizo bajar de nuevo.

¡Tun! De un solo garrotazo, Juan Salvajito dejó aquel toro patas arriba.

—¡Eh, eh! —gritó la vieja, saliendo del cuarto del fondo—. Me arrancaste una teta y 'hora me matáis mi toro. Pero, como Juan Salvajito le mostró el garrote, la vieja se agarró duro de la otra teta y no se movió. El muchacho agarró con aquella sogá al toro por los cachos y gritó a los compañeros:

—Jalen, que allí le va la otra mitá.

Desde arriba halaron los hombres con mucha fatiga y al fin lograron sacar el animal. Comida no les iba a faltar, pero en seguida le gritaron a Juan Salvajito:

—¿Y las muchachas?

Ya era de noche, afuera, y no se veía. Aquellos hombres prendieron candela y Gran Comedor se puso a asar el toro. Todos se pusieron a comer. Allá abajo, mientras tanto, bajo la mirada regañona de la vieja, Juan Salvajito avanzó y se asomó a la puerta del primer cuarto. Adentro había una muchacha bonita, pero tan flaquita que, si salía de allá, seguro que el viento se la llevaría.

—¡Ah! —le dijo—. Bonita...

—Sí —dijo ella— tú eres quien le arrancó una teta a mi ama.

—¡Ah! ¿Ella es tu ama?

—No te la vais a llevá —le gritó la vieja al muchacho, viendo que se disponía a agarrarla.

—Vos te callais o te arranco la otra teta —la amenazó Juan Salvajito.

Así fue cómo pudo traerse a la flaquita donde guindaba la sogá, la amarró delicadamente, dio un jalón y gritó:

—Ésta es pá Tumbamontaña.

Así son las cosas: la mas flaca iba a ser esposa del más gordo; pero, como era de noche, Tumbamontaña no la miró mucho, le dio de comer de aquella carne y salió corriendo con ella en los brazos.

Los otros volvieron a bajar la sogá. Juan Salvajito ya estaba asomado a la puerta del segundo cuarto. Bonita la muchacha que había dentro, pero tuerta.

—¡Ah! —le dijo—. Vos sí sois bonita...

—Sí —dijo ella—. Tú eres quien le arrancó una teta a mí ama.

—¡Ah! ¿Ella es tu ama?

—No te la vais a llevá —le gritó la vieja al muchacho, viendo que se disponía a agarrarla.

—Vos te callais o te arranco la otra teta —la amenazó Juan Salvajito.

Así fue como pudo traerse a la tuerta. Donde guindaba la sogá la amarró delicadamente, dio un jalón y gritó:

—Ésta es pa' Gran Tirador.

Así son las cosas, una tuerta iba a ser esposa de un cazador; pero, como era de noche Gran Tirador no la miró mucho, le dio de comer de aquella carne y salió corriendo con ella en los brazos.

Lo mismo pasó luego con una muchacha que era bonita, pero chueca, y llegó a ser la esposa de Corrín Corramos. Y lo

mismito, después, con otra muchacha que era bonita pero mala medra para comer. Sería la esposa de Gran Comedor. Esta ni siquiera una pizquita de lomito quiso probar, como las demás, salió a ser feliz con su marido.

Enamorados como estaban, afuera no se había quedado nadie. Juan Salvajito, por su parte, ya estaba asomado a la puerta del último cuarto, donde mismo estaba la muchacha más bonita de todas, bonita y sin ningún defecto.

—¡Ésta no te la vais a llevá! —le gritó muy brava la vieja.

Juan Salvajito le mostró una vez más el garrote.

—¿Qué se le ofrece, señor? —dijo la muchacha dulcemente, con unos ojos que le derretían el corazón al salvaje más salvaje.

—Yo he venío a pagale unas visitas a tu ama.

—¿Cómo? ¡Si usted le hizo una gran maldad!

Y el muchacho tuvo entonces que explicarle porqué lo había hecho. Y al final le dijo:

—Aquí he venío pa' hacete feliz a vos y a tu ama.

Ante tanto amor, la vieja se rindió. Juan Salvajito agarró delicadamente a la muchacha y se vino con ella para halar la sogá; pero ésta ya se la habían llevado sus compañeros. Entonces la vieja puso a funcionar su magia. Le entregó de ñapa una pimpina llenita de morocotas a Juan Salvajito, y se vieron los tres arribas de la peña.

—Vaya pa' la montaña “Sí puedo” señora pa' que vea a su hija —le dijo despidiéndose.

Y así Juan Salvajito se fue con su princesita entre los brazos. Con aquella plata compró una mula, fueron a la ciudad y él compró la ropa más bonita para que su esposa luciera más bonita todavía. Volvieron e hicieron de aquel lugar la hacienda más preciosa del mundo. Más nunca se supo de los compañeros de Juan Salvajito.

Allá los que tenía enterrados, y ellos le correspondían con calditos, camburitos y presitas al gusto de ella.

Claro, el matrimonio no paró ahí. Nació toda una trulla de muchachitos que eran como unos principitos, lindos como la mamá, pero peluditos como el papá.

Pedro el bueno y Pedro el malo

Se llamaban Pedro los dos hermanos. Uno era malo y se la pasaba parrandeando; el otro, en cambio, era muy buen hijo, y se la pasaba trabajando. Cuando el malo volvía de la parranda ¡era tan malo! que le comía la comida al bueno.

Una vez, que no había trabajo en el pueblo, decidieron irse a trabajar lejos. Recogiendo café se ganarían una peseta al día, que entonces era bastante plata.

—Compráte un aviíto —le dijo el malo al bueno, que mañana salimos de madrugá.

Compraron queso, sardinas, amasijos y distintas cosas, cada uno en la misma cantidad. El bueno le dejó comidita a su mamá y los dos salieron. Era lejos aquello, había que pasar por una montaña lóbrega donde salían tigres, leones, salvajes, culebras y todo bicho; y hasta había un sitio encantado donde dormían las brujas.

Para llegar allá quedaba una distancia como de Sanare a Miracuy, cuando le pegó una hambrada a Pedro el malo.

—Vamos a comé el avío tuyo —le dijo al bueno, que luego nos comemos el mío.

—¿Será verdá? —dijo el bueno, que no creía mucho.

—Sí. Mirá to' lo que llevo —dijo el malo.

—Güeno —dijo entonces el otro; y le dio su avío para que comiera.

Siguieron y, faltando todavía algo para llegar a aquel sitio encantado, le pegó hambre a Pedro el bueno, que andaba arrastrando las cotizas; pero su avío ya estaba en la barriga del hermano.

—Por sé vos tan lanchón —le dijo el bueno— ya no tengo que comé.

—Vamos a seguí un poquito más —dijo el malo, que pensaba pedirle los ojos por su avío.

Estando, pues, cerca de aquel lugar, de donde no tendría que arrastrarlo tanto, le dijo:

—Si vos te dejáis sacá un ojo, te doy media arepa, una rebaná 'e queso, un piazó 'e amasijo y media sardina.

—¿Vos sois capaz de sacame los ojos? —preguntó el bueno.

—¡Cómo que sí no! —contestó el malo.

—Güeno —dijo el otro, que ya no podía de tanta hambre, *espernancó* los ojos para que le sacara uno.

—¡Chas! Con una aguja de arria, de esas de coser sacos que había llevado, el malo le vació un ojo al bueno.

—¡Ay, ay, ay!

—¿Te dolió? —preguntó el malo, largándole una migajitica de comida.

Después, con una vara, lo fue halando por el camino; pero bien pronto, como era poquito lo que había comido, el bueno volvió a sentir hambre y le pidió a su hermano, mirándolo con el ojo que quedaba.

—Sí te dejáis sacar el otro, te doy otro bocaíto dijo el malo.

—¿Sois capaz de dejame ciego 'e bola, maluco?

—Yo no masco —dijo el Malo, que era bien maluco y por eso le decían el malo.

—Sacámelo pues —dijo el bueno, que ya no podía de tanta hambre que llevaba.

—Abrilo bien, que lo tenéis apurruñado.

El pobre diablo *espernancó* el ojo y su hermano se lo vació.

—¡Ay, ay, ay!

—¿Te dolió? —le dio otro poquito de comida y lo siguió halando con la vara. Pronto llegaron al sitio encantado.

Había allá una cueva adonde iban a dormir muchos animales de aquella montaña. El malo puso al bueno adentro, en el aposento de la serpiente, que no estaba ese día por andar cazando. Le dejó un amasijo y una agüita para que no se muriera tan ligero, le dejó la vara y siguió por su camino.

En la noche llegaron a la cueva el tigre, el león, el salvaje, y muchos animales. A eso de las diez, llegaron a donde había un árbol muy bonito que florecía de todos los colores frente a la cueva. Y llegaron las brujas ¡wah, wah, wah, wah! Así, volando como palomas y se quedaron para dormir.

—Comae —decía una—, ¿no sabéis cómo ‘tá el mundo ‘horita?

—¿Qué? —dijo la otra.

—Hasta los hermanos se ‘tan haciendo mal.

—¿Cómo?

—Hoy a pasao un percance pu’ aquí.

—¿Qué sería, comae?

—Los hermanos no se quieren, uno le sacó los ojos al otro.

—¡Ah, mundo!

—Pero, güeno ¿será que no hay remedio pa’ curá ciegos?

—Sí que lo hay —dijo una muy vieja— pu’ aquí hay dos matas, una ‘e curá ciegos y una ‘e sacá agua. Con la hojita ‘e la primera se cura un ciego y quemando cinco hojitas de la segunda se saca una quebrá.

A Pedro el bueno, que lo estaba escuchando todo, le nació una esperanza grande. Cuando las brujas dejaron de conversar para dormir, él se levantó y con su vara salió a probar toda clase de hojas, hasta de pringamoza, y, ¡cosa de Dios!, llegó al palo de curar ciegos. Al pasarse no más una hojita en cruz sobre los ojos, ¡vido! Y lo primero que *vido* en el palo fue el letrado que decía: “Mata de curar ciegos”.

Entonces llenó media marusa de aquellas hojas. Con la vista buena que ahora tenía siguió buscando por aquella montaña y encontró un palo con un letrado que decía: “Mata de sacar agua”. Con sus hojas llenó la otra mitad de la marusa. Luego siguió caminando sin rumbo.

Por fin, salió a un pueblo muy rico, donde cada habitante tenía rumeras de puras morocotas; pero un pueblo infeliz porque eran casi todos ciegos, y lo peor, no tenían agua para beber. Los que veían iban

en mula a buscar lejísimo. Por eso, los que tenían piñal, tomaban guapapo de piña. Hasta los animales lo tomaban para espantarse de encima la zamurera que esperaba no más que se cayeran muertos.

Pedro el bueno llegó con mucha sed y pidió agua.

—Aquí no hay agua —contestaba toda aquella ciegamenta.

Entonces, pidió que se reunieran los ciegos. Era domingo y la plaza se llenó. Pedro los puso en hilera y con las hojitas que cargaba los fue curando a todos, sobrándole hojitas para seguir haciendo el bien en otras partes.

La gente estaba loca de alegría, pero Pedro aún tenía sed. Salió del pueblo y subió a una loma y allá, quemando cinco hojas de la otra mata hizo que brotara un río. Bebió y dejó que el agua bajara a quitarle la sed a aquella gente. Todos bebieron y llenaron sus corotos. La dicha de aquel pueblo fue tanta que al hombre le regalaron doce arreos de morocotas.

Así fue como Pedro el bueno volvió a su casa millonario, para hacer rica a su mamá. Cuando Pedro el malo volvió de recoger café, le dijo al bueno:

—¡Pedro!, ¿cómo te fue? ¡Vos tenéis ojos! ¿'ónde te los pusieron?

—Pu' allá, 'ónde me dejaste.

—¿Y cómo?

—Con las hojas de un palo 'e curá ciegos.

—¿Y to' esa plata?

—También me la dieron pu' allá —explicó el bueno, sin nombrar el pueblo.

Pedro el malo se llenó de envidia y quería quitarle la plata al bueno pero luego dijo:

—Vámonos pa' allá —y buscó dos mulas y cargó avío, sin olvidar aquella aguja de arria. Con ella quería que lo cegara su hermano para él curarse con aquellas hojitas y luego ponerse rico como él.

Salieron y, como iban en mula, llegaron pronto a aquel sitio encantado.

—Sácame los ojos, pues —le dijo el malo al bueno.

—¡Ay, me da lástima, chico! —dijo el bueno, que tenía corazón.

—¡Sácame uno! —le gritó el malo.

Entonces el bueno miró para atrás y, ¡chas!

—¿Te lo saqué? —preguntó.

—Sí, ‘hora me sacáis el otro.

—¡Chas!

—¿Te lo saqué?

—Sí.

Entonces el bueno dejó al malo en la misma cueva y en el mismo aposento de la culebra, que tampoco estaba esta vez. Más tarde, como la otra vez, llegaron las brujas a dormir sobre aquel palo bonito. Una decía:

—¡Ah! ¿No saben lo que pasó hoy? Resulta que el hermano bueno le ha sacao los ojos al hermano malo.

—Se la debía, ¡muy bien hecho! —gritaron las otras brujas, palmoteando.

En eso se puso a hablar el tigre:

—Tío Zamuro, ¿qué te pasa que hoy no ‘táis echando escupitazos? ¿’Táis triste, acaso?

—¿Cómo no lo voy a ‘ta con la jambrá que tengo? Hace días llegó pu’ acá un hombre que escuchó to’ lo que decían las brujas y, como ‘taba ciego, se curó y fue a curá a to’ los ciegos del pueblo y les sacó un río de agua y así no han muerto más los animales que acostumbro comé.

—¡Ah, caramba! —dijo el tigre.

—¿No sabéis esculcao el aposento ‘e la serpiente a ve si ‘tá allí ese que me hizo tanto mal?

—No.

—Andá a ve entonces.

El tigre bajó con candela, miró bien y gritó:

—¡Sí, aquí ‘ta el zambo!

—¡Ah, empeño escúlcale la chimenea a ve si ‘tá güena! —preguntó el zamuro, que le gusta tanto comerse las tripas.

El tigre volteó a Pedro patas arribas y gritó:

—¡Sí, la tiene güena!

—Ahí voy —gritó, zumbándose, el zamuro. Le sacó las tripas por la *chimenea* y se las comió.

—Ya ‘tá listo —dijo— ‘hora te lo podéis comé.

Y así fue como tío Tigre acabó con Pedro el malo.

Pedro el bueno, en cambio, quedó bien acomodado con su mamá. Toda aquella riqueza que había recibido la repartió entre los pobres, y su pueblo fue feliz.

La Llorona

Mi taita trabajaba allá mismo en Las Rositas, en un sitio donde salían muchos espantos, la Llorona, la Dientona, la Mujer que caminaba sentada, salía el Hachador, el Berreador, el Farol, el Hombre ‘e la cadena, la Carreta ‘e mula, el Carro invisible y muchos duendes.

Mi taita sembraba en la huerta para darnos la comida. Sembraba maíz, quinchoncho, auyama, cambure, garbanzo, caraota tronconera y gavilana; de todo. Tenía también tres corrales de chivos y ovejos.

Había, entonces, en Quibor un médico chamarrero que trabajaba con cinco diablos, incluso uno que llevaba los mensajes. De todas partes venían enfermos para curarse.

Mi taita decidió ir a verse con ese médico. Se llevó como diez mil bolívares para la consulta.

—Viene un hombre p’ acá —le dijo un diablo al camarero.

—¿Quién será? ¿Cómo se llama?

—Se llama Juan Goyo y viene ‘e Las Rositas de Palo Verde.

—Y el garrote ‘e los siete poderes.

—Pues, se lo vamos a vendé.

La hija del brujo era la secretaria y recibía a la gente.

—Allá viene el pendejoso —anunció ella.

Era mi papá que venía en su mula de silla con su carpeta negra y roja.

—Pase adelante —le dijo el brujo.

—¿Usté es el señor mágico que cura tua vaina?

—¿Y cómo lo supiste?

—Güeno, como usté tiene una propaganda.

—Yo sé lo que vos tenéis. Vos venís a recetáte porque los espantos te tienen asustao. Ahí te tengo el remedio, el garrote 'e los siete poderes.

—¿Y cuánto vale ese garrote? —preguntó mi taita.

—Éste te vale cinco mil bolívars —contestó el brujo.

—Era un garrote como *alujerao*, por el huequito echaba chispas de candela de colores.

—No le habléis a nadie de este garrote mágico, ni siquiera a tu mujer, y guardalo bien escondió pa' que naide te lo pueda robá —le dijo el tipo.

Mi taita le pagó a la secretaria y se vino contento.

Era la Cuaresma y se acercaba la Semana Santa. Mi mamá le dijo que no saliera porque, además, ya era de noche, pero él no le hizo caso. Quería estrenar el garrote y llegó a la huerta. En eso se presentó un invierno, relámpagos y truenos. Él escuchó al burro *roznando*, perros auyando, caballos relinchando y gallos cantando. Dijeron cantar los jurucucos, los murciélagos y los aguaitacaminos... ¿Es que venía la Llorona?

La Llorona tiene un poder en la naturaleza. Cuando comenzaba el mundo ella tenía por esposo a un asesino de barba azul que mataba a todo el que se le atravesara. Imagínense que una vez él le había traído a ella una carne para que se la cocinara y llegó un perro hambriento y se la comió. Por miedo al marido, como no hallaba qué hacer, la mujer mató a su muchachito y lo compuso para que se lo comiera su esposo. Cuando él se sentó a comer, ella salió llorando, pero Dios la castigó. Desde entonces anda por ahí cargando candela, pero candela fría. Si se escucha cerca es porque está lejos y si se escucha lejos es porque está cerca.

Esta vez mi taita le escuchó lejísimos: ¡Ahí estaba ella!

—Voy a descansá encima e' ese hombre —dijo.

—Perra sinvergüenza —le dijo él— tú te comiste a tu hijo, y la ofendió con unas malas palabras, amagándola con el garrote.

—¡Ay! —gritó ella; también se escuchó el llorío del muchachito que había matado.

Así fue como, gracias al garrote del brujo de Quibor, la Llorona se fue. Pero a mi taita le quedó una fiebre y un viento. Le empezó desde la punta de la nariz, le brincó a las orejas, le bajó a los dedos de los pies, después le pasó a las manos, se le metió por el ombligo y le salió por el corral viejo, ¡pum, pu, purupupúm!

Es que la Llorona pone muy vientoso al cristiano. Asustado, mi taita volvió a la casa y hasta se le olvidó el nombre de la mujer.

—Abríme la puerta Pantaliona —dijo en lugar de llamarla María Elena.

—Yo no me llamo Pantaliona, ese nombre tan repasao ‘e fiero —le dijo mi mamá.

Yo salí y le pregunté:

—¿Papá, qué te pasó?

—La Llorona, la Llorona. Búscame las cotizas y la chamarra, que me voy a bañá.

—Bañate ño, cochino —le dijo mi mamá— porque yo no voy a dormir con vos esta noche. En el suelo dormiréis.

Yo le busqué agua y jabón, y él se bañó y se puso oloroso. Después comió sus chivatas.

Al otro día se regó la noticia por Palo Verde y todo Sanare.

El garrote de los siete poderes le duró como quince años a mi taita y, luego, parece que se lo llevaron los espantos.

Yo sigo teniéndole miedo a la Llorona y a todos los espantos.

La chaqueta voladora

Yo andaba entonces por Yacambú buscando trabajo, y ahora, caminando, me venía de vuelta a Sanare. Mientras subía por Barro Negro, vi que venía bajando un duende, chiquito él, pero con un sombrero grandote.

—Toma, te regalo esta chaqueta —me dijo sin más con aquella voz finita.

Era una chaqueta muy especial, distinta de las demás, azulita, bonita. Yo le agarré contento, me la puse y le dije al duende:

—Gracias, gracias... ¡Adiós!

Sigo y, tardecito ya, llego a la casa. Mucho se alegró mi familia por aquel regalo...

Después de entonces, siempre que me iba para el campo con la chaqueta. Pero, con ella o sin ella, no se me quitaba el miedo que le tenía al tigre, ¡uy! Por eso no dejaba de preguntarle a mi taita:

—Papá, ¿cómo es un tigre?

—Como un gato grande.

—¿Y de qué color es?

—Rayado pardo.

Una vez me puse la chaqueta y salí al campo con mi peinilla “rabo ‘e gallo” en busca de trabajo. De avío llevaba acemitas de Yay, queso de cabra, sardinas y chimó.

Resulta que andando por el camino de La Escalera, me hallo con un mero gato.

—¡Chungo! —le digo y el gato mirándome serio como si estuviera hambriento.

—¿Tenéis hambre? —le pregunto.

Le zumbo un pedazo de acemita. Él lo mira, lo huele, pero no lo come, sino que me sigue mirando feo.

—¡Ah, gato *preciso*, no queréis una acemita qu'es de Yay!

Le tiro entonces un pedazo de queso.

—Mirá que 'tá güeno... Si no lo queréis es que sois muy pasao de preciso.

Tampoco se comió el queso y yo me enojé y con un palo le di por la oreja.

—Este como que no es gato —pensé— porque baja el capote.

Y el bicho se me vino encima, bravo, y salí corriendo.

—Aquí te agarro y aquí no te agarro —parece que me decía, *ñaureando*.

Llevándome penquito por aquella montaña pasé la quebrada de un solo brinco. Más arriba pasamos junto a la laguna encantada y, por fin, llegamos al cerro ‘e la fumarola. Arriba, arriba, desde donde se ve bonito Sanare, Quibor y El Tocuyo. Malo era que el susto no me dejaba y ni siquiera me acordaba que cargaba encima la chaqueta del duende.

Me acordé cuando, para que no acabara de agarrarme el bicho, grité:

—¡En nombre de Dios!; tuve que tirarme al barranco de la fumarola.

—¡Ay! —dije, viendo que me iba a caer en su candela.

Menos mal que la chaqueta era mágica; se abrió y yo me sentí volando como si fuera un azulejo. Por debajo, el humo de la fumarola ayudándome.

Así fue como pasé sobre Sanare, pero con mucho miedo de caerme en las lagunas o tropezar con los cables de la luz. ¡Uy!

Pasé por encima de Loma de Curigua y agarré por la hondonada de Yay. ¡Oh! De quererlo, hubiera llegado hasta El Tocuyo; pero puse el pico para abajo y, suavcito, caí de patas en un pajonal.

En aquella paja me quedé un rato descansando, hasta que vino un viejo, muy arrastrador, me reconoció y me preguntó:

—¿Qué te pasó, hijo 'e Juan Goyo?

Yo le expliqué cómo un gato, ¿qué digo?, un tigre me había carre-reado y que gracias a la chaqueta me había salvado.

El viejo se fue a contarle a la gente del caserío qué era lo que había caído volando.

Entonces, subí por la loma, sudado pasé por Sanare, bajé por el sitio de El Cotupricito y llegué a Las Rositas a contarle a la familia todo lo que me había pasado.

—¿Esa fue la que te salvó? —me preguntó el taita quitándome la chaqueta.

—¡Ay hijo! Vos sois valiente —me dijo mi mamá doblándola.

¡Y claro que había sido ella!, porque era mágica, tan mágica que ella misma se lavaba.

Todo así bien hasta un día en que andando por el campo, me digo a cruzar el río Yacambú y la creciente me la quitó.

Ese fue el final de la chaqueta voladora... Pienso que a lo mejor había sido el río porque cansado de tanto nadar, también quería volar como yo.

El toro Candelito

Eran las fiestas patronales día de Santa Ana, patrona de Sanare. Yo era chavalito y me gustaba mucho el coleo. Esa vez habían traído de los llanos al toro más bravo que jamás se había visto. Lo echaron a la manga y, como la gente acostumbraba a meterse, él dijo a trompearla, aporreando a personas y caballos. ¡Qué toro más bravo! Toda la tarde fue para él. No pudieron echar los otros toros y los caballos tuvieron que retirarse. Ese toro dando cachos para todos lados y la gente zumbándole cosas.

Ya eran las seis de la tarde y nadie que pudiera amarrar al toro Candelito, que así se llamaba. En eso, un guaro rascado pero valiente se metió a torearlo. El animal, al verlo, primero lo fue a oler y luego con el pico se lo encaramó en el lomo. Montando a caballo, el hombre gritaba.

—¡Uxilio, uxilio!

¡Cómo sería el susto, encaramado como estaba con las uñas enterradas en el lomo y el toro corcoveando!

El toro iba llegando a la manga de entonces, donde ahora queda la Zaragoza. Allí, como pudo, el valiente pegó un brinco y quedó guin-

dando de una vara. En seguida lo auxiliaron y lo subieron. Los hijos le preguntaban:

—Taita, ¿no le hizo na' el toro?

—Naitica —contestaba el guaro, muy derecho.

—Vos merecéis un premio —le decía la gente; y le pusieron cintas en el sombrero y en las cotizas. Se acaparó todos los premios que eran para los coleadores.

Candelito, por su parte, le dio una trompada a la talanquera, salió y se fue. Como cien caballos y sus jinetes se pegaron atrás, pero no lo pudieron alcanzar. Aquella gentada apartándose por las calles y el toro haciendo arcos con los cachos, hasta que fue a parar a donde llaman La Triguera.

Ese día, yo tenía una convidación para donde se casaba una prima hermana. Iba, pues, con mi sinfonía grande para tocar. Pero, al llegar a la quebrada, me encuentro con el toro.

—¡Allí 'tá Candelito! —dije mirándole mover las orejas de atrás para adelante y eché a correr.

Por detrás, la sinfonía me pegaba, ¡pum, pu, pum!, creía que ya el toro me estaba matando. Corría, corría. Me agarraba de los bejucos, pero se reventaban y caía en los charcos. El toro me alcanzaba y metía los cachos en la arena. Cabuyita me volvía yo, según la velocidad que llevaba. ¡Ajo! Y, corriendo, miraba por el rabo del ojo.

—¡Ay, que me agarra el toro! —gritaba.

Así, hasta que llegué a un chorrerón como de treinta metros, altísimo, que se veía como una vela.

—Aquí 'tá mi salvación —digo; agarré el chorrerón con esta ventura que nunca había tenido; y, encaramándome por él, subí.

Cuando llegué arriba, me quité el agua de los ojos y dije:

—Gracias a Dios que e' toro ha quedado abajo.

Miro y, ¡no!, por el chorrerón venía encaramándose también, como quince metros más abajo. Entonces, del susto, saqué una idea, agarré a mi navajita pico de loro y trocé el chorro de agua.

¡Santo remedio! El toro se cayó patas arriba con todo y chorro. Como el clavito pegué yo entonces un brinco y le llegué al lado. Le metí la mano por el corral viejo, y arriba por la tripa hasta agarrarlo por los cachos. ¡Volteadito lo dejé, de adentro para afuera! Le sonaron los huesos al animal y bramó:

—¡Mu, mu, mu!

—¡Ah, bramáis! —le dije yo—. Mucho me carreríaste... Pero ‘toy a salvo y me voy pa’l matrimonio.

Mojadito y amarillo de arena llegué a la fiesta.

—Este es el zipotico que toca sinfonía —decían los convidados—. Tocá, tocá.

—Primero la voy a sacudí —contesté yo, y les conté todo lo que me había pasado con el toro Candelito.

—Vos si habéis tenío baquia pa’ ejá voltiao a ese toro, comentaban ellos.

De la sinfonía salió aquel aguacerón, pero se puso afinadita y la toqué toda la noche.

Bailaban sabroso las muchachas y a mí se me fue pasando el susto.

Doña Catalina

Como yo me la paso echando cuentos por todas partes, cuando no estoy en la casa, hay quien se aprovecha para robarme la fruta-mango, níspero y guayaba que tengo en el zanjón donde vivo.

Eso no pasaba antes cuando yo tenía una perrita loba, muy brava la bicha. Así, hasta un día en que regresando de Barquisimeto, me hallo a la perrita muerta.

—¡Ay, me la mataron! —dije llorando y mirando la fruta que faltaba, se me cayeron las lágrimas al suelo.

Oigo entonces a alguien bajando por la escalinata que viene de la calle al ranchito. Veo que me llega un muchachito, serio como un hombre, con un sombrero grande en la cabeza, en los pies unas botas que le alcanzaban la chocoziela, arriba, una linda chaquetita con botones de oro.

—Este muchacho, ¿de dónde vendrá? —me preguntó enseguida.

—Buenos días —me dijo él con aquella voz fuerte.

—Güenos días —le contesto— pase adelante, señor.

—¿Por qué tiene usted los ojos aguados? —me pregunta acercándose para mirarlos mejor.

—Mire. Es que acabo de regresá de Barquisimeto, 'onde ayer fui a echá cuentos, y hallo muerta a la guardiana que me cuida las frutas. Los pícaros me la mataron pa' robáme los manguitos.

—¡Ah, cosa grande! —dijo el muchacho—. Le hicieron una maldad.

—Sí, una maldá.

—Bueno —dijo entonces él y metiendo una mano en el bolsillo, sacó una cajita.

¡Bonita la cajita!, y me la mostró. Por un lado tenía unas letras en inglés y por el otro, unas en castellano.

—¿Y esto? —dije agarrando la cajita y mirando lo que estaba escrito en ella.

—Ahí tiene usted la explicación para pegar de las matas a cualquier insecto, animal o ladrón que le quiera comer sus frutas. Echando la pega en la mata, usted no tiene más que rezar la oración... Léala, pues, que es mágica.

Yo abrí bien los ojos y... de una vez la fui leyendo:

Wacha makar i mi for, in holi ki tri alichí for, in el poder de Dios podirocho, i luch espíritu mani ki dueño makach entré luch pahariyo chuari intá ayi mar i Dios montari a la serka y toda aksión kon el poder adivino de to luch espíritu a sun fari maichederecha esta orasión Tri avimaría i tri padrenuestro. En el poder de di altísimo amén.

Esta es la oración en inglés para pegar.

—La otra, siguió explicándome el duende —que eso era el muchachito— es en castellano y sirve para despegar, si es que lo merece, quien se haya quedado pegado.

Claro que esta cualquiera la entendía y era en nombre de los espíritus buenos o malos y en el poder de los animales de pelo o de pluma, así como de la Llorona, el Silbador, el Berreador y El hombre de la cadena. Una oración que se debía rezar con tres avemarías y un padrenuestro glorio.

Pero, vean lo que pasó. Mientras yo la estaba mirando, el duende se hizo invisible y se fue.

Entonces saqué la latica, la destapé y fui a echarle la pega a todos los frutales y salí arriba a comer mis empanadas.

Cuando regreso, ¡ay!, veo esa cantidad de pícaros guindando de las matas y, abajo, las mujeres y los taitas que, tratando de despegar a sus

hijos, también se habían quedado pegados ellos como en el juego de arrancacebolla.

Lloraban, gritaban y pataleaban.

—¡Ah! —dije yo entonces—. Ahí los dejo pa' que aprendan... Gracias, duendito, por ese secreto que me diste.

Y ya entrando al ranchito grité:

—Ahí se van a quedá.

Muy brava la gente me maltrataba sacándome la vieja.

—Mirá, Caimán —gritaban unos— despeganos que 'tá haciendo frío.

—Lleven frío pa' que no sean tan muérganos —les contestaba yo.

—¡No!, que mañana tengo que hacele el desayuno a los muchachos —decía una.

—Quédense, ¡no juegue! —les repetía yo.

En eso vino un viento, ese que llaman Arío, y se puso a levantar a los pícaros como si fueran ropa tendida.

—No —pensé yo entonces con preocupación— ese viento es capaz de tumbá a esa gente y yo voy a pagá las consecuencias. Voy a rezá la otra oración a ve si funciona.

Leyendo en la cajita, la recé y en seguida la gente quedó despegada...

—¡Gracias, Caimán! —me gritaban bajando de las matas.

—Gracias, ¡sí! —les decía yo—; pero no me vuelvan a comé los manguitos. Siembren pa' que coman esos muchachitos y respeten lo ajeno. Váyanse pues.

Y se fueron. Pero yo, con todo eso —la pega 'e viento y el trasnocho— resulta que me pega una fiebre y amanezco sentado junto a la puerta del rancho.

Lo que faltaba es que a esa hora, por la misma escalinata del duende, llegara una mujer. Digo una mujer alta, requetelarga, con una gorra muy especial, y guindando aquí en el pecho traía una cantidad de medallas, diplomas de barcos de guerra, tanques, cañones, fusiles, máuseres, revólveres, hachas, cuchillos, garrotes, manos de pilón, aviones, plomo y todas las armas de guerra... Claro que se trataba de la misma muerte, pero en el medio de la barriga traía un letrado que decía: doña Catalina.

Yo recordé entonces que mi taita siempre me decía que así se llamaba la muerte.

—¡Madrina! —le dije yo, tratando de congraciarme.

—Dios te bendiga, ahijado —me contestó ella. Y poniéndose seria, me dijo—: hoy te toca a vos.

—No me llevéis, madrina —le supliqué—, que yo quiero tanto a este planeta. Me gusta aquí así tenga que comé piedras. No quiero i'me, madrina.

—Te toca Caimán.

Me puse a llorar y, mirando al cielo, volví a ver a los manguitos que habían quedado en lo más alto de una mata.

—Madrina —le dije entonces—, ¿veis esos manguitos bonitos en la punta 'e esa mata?

Ella los miró y yo le propuse:

—Vos que sois tan grande, ¿no queréis bajame esos manguitos que me dejaron los ladrones pa' coméme los antes de i'me con vos?

Ella me miró y parece que sintió lástima.

—Sí, es verdad que soy grande. Yo manejo el mundo entero.

Y, sin más, fue y se montó en aquella mata, mientras yo miraba atravesado y tratando de repetir aquella oración en inglés:

—*Wacha makar i mi for...*

Pues... en lo que agarró aquellos mangos se quedó también pegada de la mata.

—¿Qué hiciste Caimán? —me gritó.

—Ahí te tengo pa' que no me llevéis.

—¡Caimán, mal ahijado!

—Güeno —le dije yo— si queréis un negocio dejame acá tuavia pa' seguí echándole cuentos a la gente y te despego.

—Sí, Caimán —aceptó—, te lo prometo.

Y en lo que me puse a repetir la oración en castellano, ahí mismito doña Catalina quedó despegada.

Me entregó los mangos y, mirándome feo se fue en busca de otros, porque ese es su oficio...

Yo me puse a comer manguitos y así me pasó el susto y la fiebre... Y volví a pensar en lo bueno que había sido conmigo el duende de la pega.

lo que dice nuestro Caimán

En Las Rositas dejé el ombligo

En Las Rositas jue ‘onde yo dejé el ombligo, ‘onde llaman El Manantial; jue’ ‘onde nací el 3 de enero de 1937. Mis papás se llamaban Juan Gregorio Goyo y María Elena Castillo. Habían tres algarrobos y una úveda del la’o abajo. Las Rositas era muy bonita. Se lograba la comía, el maíz, la batata blanca y morá, la yuca, la ‘uyama, la carota chivata, gabilana, tronconera, rastrojera; eran semillas indígenas; el quinchoncho y los chícharos. Se criaban chivos, ovejas y gana’o.

Yo jugaba el riquirrinqui

Yo jugaba en los palos muy altos, como los chucos, me guindaba. Mi papá me daba esas mondas. Jugaba con el trompo, jugábamos el sunsún; lo hacíamos de latas de alijuerá, y de madera también se hacía, eso roncaba, ¡rum, rum!

Se tocaba la guarura con la mano. Yo no la seguí tocando porque decían que el diablo la tocaba. Jugaba con el riquirrinqui, un palo aljue-rao por dentro *inmedio*. Era un palo enterrao en el suelo y el otro daba guelta, eso le echaban grasa pa' que corriera más y se montaban dos pa' que funcionara. Era un juego muy peligroso, era un quiebrapata. Eso no se paraba, era sin frenos. Tenía mucha fuerza, *atarantaba*. Salía uno mariaito.

Era muy alegre

Yo era muy alegre, me gustaba mucho la música. Dejaba 'e comé por oí el violín y la guitarra grande que llaman lira.

Me gustaba mucho el pasacalle de los velorios. Me gustaban esos valeses, se ve a la gente que iba como una nube. Los valeses trabajan como una nube, serenitos. Era muy gritón y cancionero. También peliaba; cuando me veía sangre en las narices, me ponía fiero, muy bravo. Era muy jartón, comía to' lo que se atravesara. Era bandío, me gustaba echá bromas por ve la gente brava. Después jue que me compuse.

Vendí mucha leña

Yo vivía cortando y vendiendo leña seca en Sanare. Vendía un haz de leña: dieciseis pares por una locha; eran treinta pares por medio. Yo me venía de Las Rositas de madrugá. Vendí mucha leña en la cabeza, por eso jue que largué hasta el pelo. Una carga valía tres riales: era leña ‘e timón, úveda y flor amarillo. Yo le rodaba mucha leña a los viejos. Pa’ no jódeme mucho, los *vigiaba* y cuando no e’taban, se las quitaba ‘e las güertas, ‘e las palizás. Ellos me vigiaban con una fonda. ¡Uno muchacho si es vagabundo!

No estudié na'

Mi papá me llamaba era Albertico por cariño, yo era toñeco d'él. Me decía que iba a sé un muchacho muy avispao. Yo soy el cuarto hermano varón. Arcadia, Bernabela y Bruna 'tán vivas, viven en Palo Verde. Somos tres hermanos varones, Antonio jue el mayor. Los viejos eran 'nalfabetas. Yo no estudié na'. Duré un año en l'escuela 'e Palo Verde, no aprendí na'. Aprendí grande en la Escuela Miguel Duim de Paso Rial.

El que me enseñó murió tres veces

Yo quedé güerfano de 11 años; rodé tierra. Me fui pa' Paso Rial muriéndome con una cagazón que tenía y me curó una médica. Si he sío más pendejo, me muero. Los pendejos son los que se mueren porque se dejan, porque no buscan la medicina pa' curase. Yo trabajé a qu'el Chico Hernández. Buscaba leña y agua. Llevaba comía, encerraba un corral de chivos. Le 'taba pagando una fuentecita, cien bolívaes que le debía en aquel entonces y duré cinco años trabajándole, tuavía le quedaba debiendo y me jui econdío. Llegué a qu'el Sótero Pérez, que murió tres veces. Era un niño, tenía 50 años y no había tocao mujer. Vivía en El Pedregal, sabía mucho. Él me enseñó. Era un cuentista 'e primera; yo li aprendí muchos cuentos, la magnífica y la contramagnífica. Duré como 15 años a qu'el niño Sótero; era un gran amigo. Yo mi acordé 'e unas tías y me vine pa' Las Rositas. Ahí dije a vendé leña. Cuando eso valía tres bolívaes la carga.

Dios manda a que el hombre enseñe

Cuando hubo la Cooperativa, cuando el Padre Mejías, ahí comencé yo a echá los cuentos d'espantos. Cantaba también rancheras de Jorge Negrete. A la gente le jue gustando, me pagaban una locha por un cuento.

Yo aprendí con los viejos, desde pequeño le atendía a los mayores. Por eso es que los niños deben escuchá a los mayores con respeto y redención, sin reíse, ¡oí bien!, esa es la redención. Me gusta echá cuentos pa' que los niños aprendan, porque ahí es 'onde tá el futuro. Pa' que cuiden lo nuestro, las bellezas, pa' aquella juventud que viene. Dios manda qu'el hombre enseñe lo que sabe, de na' vale sabé y no enseñá. El pueblo me ha enseñao. Yo tenía que estudiá pa' no echá el mismo cuento. Eso jue lo que me prevaleció.

El padre era muy bravo

Al Padre Mejías no le gustaban los rascaos, les quitaba las cartecitas y se las quebraba. No quería a los jembreros, y decía: “Tienen que casase”. El padre era muy bravo, muy juerte. Conmigo jue güeno. Le gustaban mucho los cuentos míos. Como yo rezaba y no bebía, no me gustaba porque me daba mucho sueño, me dijo: “Usté va a sé güeno, éste es el hombre, lo vamos a poné de auxiliar”. Y me mandaron a rezá a to’ las casas. Hincaos de rodilla, a esa gente no le gustaba. Yo tenía una autoridad. Al padre no le gustó que yo hincara a la gente, le llegaron las querellas. Yo les decía, cierren los ojos. Llegaba y les comía la comía.

Enviao de Dios

Yo soy el envío de Dios pa' decí la verdá. La verdá es hacé bien. Hablá con ejemplo y respeto. Yo he cumpliío con la cultura. Uno compone sus cuentos con el amor al pueblo, pa' dejá un recuerdo en la mente de las personas.

Cuentista desde chiquito

Yo busqué todos los trabajos y ninguno me resultaba porque no me daban la base, quedaba debiendo. Jui escobero (hacedor de escobas); jui comerciante; compraba huevos por to' esos caserío; cargaba la sinfonía, les tocaba un valsecito y me daban la comía. Compraba de a ocho huevos por bolívar, a cada bolívar le ganaba medio. Después me metí a la playa, ya me iban a reventá esos guacales tan pesaos. Los amos de trabajo no me dieron más trabajo, porque, si se paraba cincuenta por ciento obreros... Yo dije, los cuentos míos no los dejo así me maten. Cuando uno es nació pa'l cuento no vale ni que lo revienten. Siempre fui cuentista desde chiquito. Unos dicen: "Tanto ve al bicho ese del Caimán". Otros me aprecian. Los que no me aprecian son muy poquitos: los que no saben de cultura; las demás personas han sío muy amables conmigo; he sido muy reconocío por los cuentos; ellos son mis mejores amigos.

El mejor trabajo jue el de las mentiras, que es el mismo cuento. Por las mentiras jallé como trabajá. Un haz de mentira pone a la gente mansita. Aguaite los políticos. No podía decí la verdá porque la gente no creía la verdá; una mentira sí. Yo trabajo es con el sentío. Nunca he

querío sé esclavo de nadie. Uno se pone a ayudale a otro y es un esclavo porque lo 'ta mandando.

La montaña es la vida de un pueblo

Si tumban la montaña se acaba la agüita que hay. La montaña es el corazón de Sanare. La montaña tiene es l'agua. Si no hay l'agua se muere todo, eso es lo más importante. Hay que dejá las montañas quietas, no trozálas. L'agua es del mismo pueblo. Al acabase las montañas se muere to' el mundo de sed, con la barriga seca. El humano es el que tiene que cuidá porque l'agua es para el humano. L'agua es de todos. Sanare ha creció y no tiene agua. Esa agüita de la montaña ya no alcanza porque la población creció mucho, ya es una ciudad muy grande. Aquí lo que primero se tiene que luchar es es l'agua pa' que beba la gente. Hay que pedí una quebrá de la montaña y zumbála p'acá. Tiene que hacése un estudio; tendría que hacése una represa con alguna de quebrá de esos campos. Si no hay montaña no hay agua. Las montañas son las que producen el agua, por eso es que hay que cuidála. Quien troce un palo en la montaña 'tá secando una quebrada. La montaña es la vida de un pueblo, trae agua, comía, le da frescura a uno. Son las que producen las nubes.

Las quebrás las mataron

‘Orita las quebrá las mataron, porque les zumbaron to’ las cloacas encima. Los pueblos crecieron, pero mataron la quebrá de Bojó, la del Molino; la de la Loma la entubaron los poderosos y se la llevaron pa’ la cochinera.

La naturaleza ‘ta muy brava

El mismo hombre ‘tá acabando el mundo con los venenos y las armas. La naturaleza ‘tá muy brava con el hombre porque la ha acabao. El hombre debe portase con la naturaleza. El veneno mata a los animales y al hombre.

El hombre hace los venenos pa’ matá los animales y se ‘tá matando él mismo.

Hizo el revólver, la escopeta y la bomba pá él mismo. Yo no le echo veneno a nada, no mato ni a los ratones. Matando a un ratón con veneno, también mata uno a un gato que se lo coma, y entonces el perro que se coma al gato se muere también. El veneno hace una cadena de muerte, uno mata al otro; y, si el hombre que se lo bebe, también se muere. Dios hizo muy bien las cosas pero el hombre se las torció. Dios hizo el gato pa’ que matara el ratón y a todos esos animales dañinos. La maldá que hizo el hombre fue el veneno.

Los pájaros que anuncian el agua

El juangil (yondil) es el pájaro que anuncia el agua. Los viejos decían: “‘Tá juangil cantando, mañana ‘tá l’agua pegá.” Y era seguro. También la paraulata blanca habla: “Va’ llové.” El jurucuco es otro pájaro del agua, anuncia tempestá, guerra; es un animal muy sabio, anuncia cualquier vaina peligrosa.

Los indios soplaban así con la boca, de lejos, al jurucuco, pa’ que no sucediera lo que ‘taba cantando, pa’que se devolviera pa’ tras la maldición.

Nadie puede con ellos

Los tres elementos más potentes que hay son, el Sol, el agua y el viento. El Sol es muy útil, hace falta el calor. El Sol es la misma candela, Dios puso el Sol pa'l frío. Dios supo hacer muy bien las cosas. El viento es el frío. Todos esos elementos tienen su espíritu. Nadie puede con ellos.

Somos hijos de los duendes

Los duendes mueren al acabase las vertientes. Los duendes somos nosotros mismos. Ellos son los defensores de la naturaleza. Si no fuera por ellos nadie viviera. Nosotros somos los hijos de los duendes, porque si no hubiera montaña, no hubiera agua y no comiéramos. 'Onde no hay agua cristalina no hay duendes; aquí en Sanare le han arruinado las aguas. Ellos viven en las montañas, en los ríos, en las quebradas. El que le echa *suciesa* a las quebradas y el que tumba las montañas será un gran enemigo de los duendes.

Dios es amor

Dios es un ser muy grande que no tiene fin, tiene to' el poder. Con mové el deito chiquito, puede mové el mundo. Dios es amor, es el rey del bien. El diablo es el rey de la maldá, las dos lanza que tiene en la cabeza es anunciando maldá. Dios representa a todo el universo. Pa' Dios no hay ná imposible, quiere que lo adoren con un bien; si uno le da una arepa a una persona que 'té jambriao, 'tais adorando a Dios.

Por qué me dicen El Caimán

To' mundo me dice Humberto El Caimán. Mi nombre completo es José Alberto Castillo. La madrina mía, Sixta Puerta, me puso Humberto por un hijo que se llamaba así, el primer hijo que se le había muerto. Lo de Caimán fue nuevo. Eso fue del cincuenta palante. Nació ese cuento, no me gustaba porque veía al caimán muy jocicón; después sí. Ese nombre me lo pusieron en un corte de papa en Monte Carmelo. Fue por una papa de a kilo que me comí. Yo peliaba con ese nombre, era que daba y me daban.

Nadie me podía ganá

Cuando la fiesta de Santa Ana ponían dos kilos de espagueti y una pepsicola familiar. Me ponían de a dos personas y yo me los podía ganá. Tuve catorce premios. Nadie me podía ganá. Me ganaron jue por tropiezo, por una gripe que llamaban “el toletazo”. Me ganó el hijo de Carlos, Otilio Soto Betancourt de Monte Carmelo. Daban al primero doscientos bolívares, una camisa, una franela y un frasco de colonia de olor. Y al otro, le daban cien bolívares.

La comida es la vida. ¡Si no como me da una fatiga! Cuando tengo hambre ando serio, no le hablo a nadie, les echo una mirá de relampagueo, los regaño con los ojos.

La cultura es una educación

La cultura es una educación que va enseñando a to' clase de persona. La cultura hay que defendela trabajando, escribiendo y divulgándola. La cultura de Sanare la forman aquellos que trabajan por ella. La cultura es un pueblo bien preparao, que la gente viva bien y que no le falte nada. La cultura güena es la que no 'tá buscando plata, busca es el bien, y que la gente trabaje por sí mismo. La cultura mala es la que pone fiesta pa' recogé plata. Sanare tiene su cultura, tiene gente que 'tá trabajando por el bienestar de nuestro pueblo. La cultura es pa' hacé bien, es enseñar a trabajar. Con palabras se enseña. La cultura tiene que hacé bien y con rigor castigá a los vivos pa' que aprendan. La cultura no es mansita, es como el salvajito, si la chocan tendrá que defendese de los contrarios, de los destruidores, de los que queman. La cultura de Sanare la veo chueca; nosotros trabajando y los otros jodiendo, quemando. Con una cultura mansa no se va a sé nada.

El cuento es luz y educación

Yo echo cuento porque esa es la escardilla de uno. Echo cuentos por un millón de cosas, porque no tenía trabajo, por el bien de los demás. Eso es un trabajo, echá cuentos. Pa' mí un cuento es un tesoro, porque uno se divierte y se le olvidan los problemas, porque se le da un buen ejemplo a la persona. Yo nací pa' enseñá a la gente, dale su luz, que no sean pendejos; que se avispén; que trabajen y aprendan; que cuiden las montañas y sus cosas. Me da mucha rabia cuando hay destruidores. To' mundo da su luz. Yo alumbro la mente de los demás con palabras. El cuento es luz y educación. Yo soy un portador de cuentos. Los cuentos no son míos, son de la luz de Dios. El cuento es pa' educá, es producción de luz. 'Onde hay oscuridá no hay cuento. El cuento no es oscuridá, el cuento es verdá.

El espíritu del cuento es un ángel

El espíritu del cuento le llega a uno, es una luz, es un ángel; no es to' los días. Me siento muy contento porque él es el que sabe de eso, puede hablá y no llevá error. El espíritu del cuento tiene una fuerza, una velocidad, uno es un instrumento del. Ese no soy yo, ese es mi espíritu de la guarda; él me dice todo, si me va a í mal o bien. Escucho una voz muy dulce, tiene muchos años que me habla, que trabaja conmigo; desde los siete años ya lo tenía. Yo me iba a las peñas y hablaba que yo quería tené plata, pa' que me respetaran, pa' hacé bien. Los espíritus no me ayudaron por que la plata era un peligro pa' mí por los ladrones.

Un cuento es un maestro

Pa' mí un cuento es un mundo de alegría, es la mejor enseñanza. La mejor educación es el cuento, es el mismo consejo. Un cuento es muy rico en sabiduría; es un mundo de felicidad. Es un maestro que está enseñando a los alumnos. Un cuentista es un maestro. Un cuento es muy trabajoso, cualquiera lo echa, pero hay que ponerle canelita. Entre más público atento veo, más me emociono. Cuando no me 'tán oyendo me pongo triste, trozo el cuento. Yo sé cuando me 'tán poniendo atención; les veo la alegría en el rostro. Cuando a uno le atienden se siente una emoción: como comese un plato de dulce de leche. Pero cuando no le atienden da una amargura; eso molesta, sabe a jiel.

Lo que me ha incentivao es que me atiendan en el cuento. Sí la gente se concentra puede meterse en otro mundo. El cuento no se pue' echá con mucho público. Por eso se necesita una reunión cerrada.

El cuento es un padre de los niños

El espíritu mío es de cuento de mensaje. Ese no lo tiene cualquiera. Los cuentos míos enseñan la educación. Un cuento da experiencia, da la educación. Uno 'tá haciendo mucho con los cuentos educativos. Con un cuento se hace un pueblo grande. Es una tradición que viene de los principios del mundo, que viene antes de Jesucristo, ¡cómo será de viejo el cuento!

El cuento es mundial. To' las naciones tienen su cuento; pero ellos lo trabajan distinto, porque cada quien hace de su camisa un saco. Lo que he tenío es por el cuento. Muchos tratan a uno de tonto, de loco, de chiflao; no lo comprenden; porque no saben que el cuento es un mundo de sabiduría. El cuento es el arma más poderosa del mundo. Es pa' hacé un mundo de paz y tranquilidad. El cuento trae amor. El cuento es un padre de los niños. ¡Naguará! Con un cuento se hace un mundo de bien. Sirve pa' enseñá de no hacé cosas malas, sino pura cosas güenas. Que aprendan a queré a su patria, que no vayan a 'tá arruinando y que haiga justicia, que la gente respete. No hay ese respeto moral, eso es lo que yo siento; ese dolor...

El cuento mío no lleva embustes

El cuento representa un mundo maravilloso. El que escucha un cuento se 'tá metiendo en el mundo de la imaginación. El que lo 'tá oyendo 'tá concentrao viendo ríos, pájaros de miles colores y linduras que uno le muestra en el cuento. Hay que estudiá el cuento, que no lleve contaminación, cuentos rojos, cuentos malos pa' echa'los; por que se da un mal ejemplo. A los políticos no se les pue cree, son cuentistas malos. Nosotros somos cuentistas buenos porque la gente se entretiene, se hace bien, se le refresca la mente. El cuento mío es sanito, no lleva embustes.

Tengo muchos cuentos

Tengo muchos cuentos: “El toro Candelito” fue el primero; “El burro echor”, “El perro minero” es el más favorito que yo tengo; “El pozo azul”, “El duende de la auyama”. “La laguna de Moreco”, “El brinco de la jumarola”, “El pollo mágico”, “El de la tapa ‘e zinc”. “El de Pedro Grimales”, “La lámpara maravillosa”, “Pedro el güeno y Pedro el malo”, “La flor del Olivar”, “El caballo de los siete colores”, “La laguna de las siete banderas” y “Los dos perros que se comieron” son escuchados de los viejos.

Los cuentos sin pensalos

Los cuentos sin pensálos: esos son unos cuentos que uno los saca al momento, esos son cuentos inventaos, uno dice cualquier cosa sin pensalo, una cosa que sea sencilla, pa' no hablá mucho. Son cortiquitos pa' no gastá tiempo, por eso los estudié. Esa es la salvación mía; veces que uno 'tá de mal humor y con un cuento sin pensalo se me quita de encima. Veces que uno no tiene ganas de echá un cuento. Un cuento sin pensálo es que uno dice:

“Ahí viene un loco echando jumo por las narices”.

“Orita voy a purgá unos mosquitos”.

“Orita vengo de la Jumarola; me vine en una hoja de yagrumo”.

“Vengo a la carrera, me viene persiguiendo una máquina muy grande”.

“Voy hacé una aguja de perol”.

“Señores, yo amanso tigres”.

“Viene un bicho atrás de yo lambiéndose las patas”.

“Orita vine en una garrapata de Las Rositas”.

“Voy volando”.

“Déjame que voy a purgá las cotizas, que las tengo enfermas”.

“Vengo adentro de un zapato corriendo”.

“Vengo en la oreja de un mosquito”.

La amistad vale más que la plata

La amistad es una belleza. Es una cosa muy grande, por eso vivo por las amistades; esas son las hermandades. En esta era hay que enseñar la amistad, porque ya 'tá casi perdía; sí hay, pero muy poquita. Yo me siento acompañado por los pájaros, los perros y el gato. La amistad vale más que la plata.

En el mundo de la soledad

En el mundo de la soledá vivo mejor que en el mundo acompaño. En la soledá nadie sabe si uno pasa o no pasa trabajo. Yo me siento bien solo. Acompaño, vivía bravo. Uno siempre ‘tá acompaño por Dios y la Virgen.

El pueblo de Sanare me aprecia

Sé que el pueblo de Sanare me aprecia, casi to' el mundo, 'onde quiera. Afuera también. Yo he tenido mucha ayuda con el de 'fuera. El artista tiene que sostenese, porque, tiene mucho tropiezo. La vida mía ha sido de dulzura y amargura, pero así la he llevao. He sido firme en mis cosas. La vida de uno 'tá veces bien y veces 'tá mal. Bien, cuando uno 'tá alentao. Yo he tenío esa suerte, no he sido enfermoso. La vida mía es corta, pero larga en la historia. Quedarán mis palabras en la mente de to' la gente. Los que cuidan la cultura, lo que quieren la patria recordarán a El Caimán.

Sanare es mi pueblo

Sanare ha sido un pueblo luchador en todo. Lo único que hace falta es que no se deje apagá la lucha, que sea *eternal*. No dormise, debe sé luchá hasta vencé. Sanare es muy luchador y por eso es que ha sido grande, 'tá a nivel internacional. Sanare es el pueblo 'onde yo nací. Lo quiero bastante y deseo que eche palante sin odio y que haya una libertad; que la gente se aprecie unos con otros. Aquí se logra to' lo que se siembra. Tenemos una tierra muy santa y un agua que no nos falta de arriba, de las nubes. Aquí no pasamos hambre. Sanare necesitaría un acueducto grande pa' dale agua a todos.

El amor verdadero

El amor es el cariño de una persona. El amor verdadero es el de la madre. El amor es por la conserva. Uno quiere a una mujer, le mira primero es la *verijita*. Hay el amor por cariño y el amor por interés. Una buena mujer es el amor.

He encontrado amor en las personas. Las personas güenas lo pueden encontrá. Pa' ganaselo uno es lo costoso, solamente con cariño. El amor es como el cuatro, que nadie lo pue' aprendé, porque entre más le busca los tonos, más tonos le consigue. Así es el amor, no tiene fin. No he podido encontrá el amor de una mujer. Yo me enamoré muchas veces, pero no me convino. Cuando las floriaba, creían que era un cuento. Mientras uno 'tá mozo pue' conseguí; el viejo no *jalla*, y si *jalla* es por interés.

La mujer es una salvadora

La mujer pa' los otros es una esclava, una sirvienta, una burrita del hombre. La mujer pa' mí le cuida hasta el alma al hombre. La mujer es pa' mí una belleza. La mujer es de to'. Es una salvadora de los negocios. El hombre no aprecia a la mujer. El hombre debe apreciá a la mujer porque es una compañera. Uno tiene que portase muy bien con la mujer, no dale querella. La mujer debe sé lo mismo con el hombre, cuida'lo pa' que viva.

El mundo se salvará

El mundo 'tá hundiéndose de tanta maldá; las agrupaciones güenas lo salvarán. La corriente es muy mala, muy fuerte. El mundo 'tá perdió por las drogas, las malitudes. Hay más malos que güenos. Los malos 'tán multiplicaos. El mundo se salvará si la gente se despierta. Hay que criá el respeto, la unión. Hay que cuidá como lo hicieron antes los generales.

Venezuela ‘tá manca

Venezuela ‘tá manca con la política. Eso es lo que la tiene enferma, la politiquería de los colores. En otras partes hablan es del progreso, de la agricultura, de la escuela. En Venezuela se trabaja es con los colores, porque si tú no eres de un color no te dan trabajo. Hay que cargá un paquete de colores pa’ que le den trabajo. Hay una política güena, no de partido sino de trabajo.

Bolívar no 'tá muerto

Bolívar tenía un solo color que fue la libertad. Estudió, trabajó y na' más. Él era un político de un solo color. Quería que to' mundo viviera bien, con paz, armonía y cariño. Bolívar quería que la gente se quisiera; ahora, para los enemigos, era muerte o vida. Él era jodío. Bolívar no 'tá muerto, 'tá vivo, 'tá en el cielo. Es un ángel. Puede 'tá en cualquier persona que trabaje por la libertad, por el bien de su pueblo. A él lo traicionaron los mismos compañeros. Él murió sin una locha. Se mojaba mucho, eso le costó la vida. Bolívar se alegra con el bien que haga cualquier persona en el nombre del. Las cosas del deberían 'tá más apreciás, tuavía no lo recuerdan bien, no le reconocen el favor que nos hizo a todos. Bolívar ha llorao por eso. Él se jodió mucho pa' pode'nos libertad, to' la vida del se la entregó en cuerpo y alma a la patria. A él no le gustó la plata, no quiso la riqueza; quería ve a to' su pueblo libre, que cantaran, gozarán y comieran.

Uno es la luz de la tierra

No le vamos a dejá na' a los niños; no nos llevarán flores, sino piedras. Venezuela es de todos. Uno es la luz de la tierra, así lo dijo Jesús. Este es el mensaje que les doy: "Que los niños y niñas aprendan. Aprendiendo y leyendo no se acaba la cultura. A los jóvenes que estudien y dejen las drogas y el cocuy porque se 'tán acabando ellos y a Venezuela. Acabándose ellos se acaba Venezuela. Porque no queda gente que siga un ejemplo güeno; ya hay demasiados malos ejemplos. Que no olviden el cuento".

Uno viene a este mundo es por poco tiempo y por eso tiene que portase bien; tiene que enseñá aquí, porque allá le pregunta el maestro Jesús.

No tengo muerte

A uno se le muere es el cuerpo, y el espíritu queda. Es como una mata, cuando se seca se murió; así es uno. Parece que no tengo muerte porque ya he pasado por muchos tropiezos. Yo no le tengo mie'o a la muerte, le corté los pasos.

Cuando me despida de este mundo

Después de la muerte uno vuelve a nacer en otra naciente, en espíritu. Cuando yo me despida de este mundo, les pido que me lleven con música, cuentos y alegrías. Lo mío es la alegría. El cuento es la vida mía, que vengan to' los grupos, to' las agrupaciones con las que he colaborao. Que me despidan con música del folclor de aquí; to' clase de música, yo no tengo distinción. La única música que no me gusta es la inglés, porque no la comprendo, parecen grillos. Música de América sí, porque la comprende uno. Que vayan los niños con flores y que me las tiren ahí 'onde me vayan a enterrá, sea 'onde sea. Ese día pue'n recordá o echá mis cuentos, si se los saben de memoria. Será muy bonito, porque uno se va despidiendo de este mundo. En mi entierro voy a í alegre, bailando. Y les digo que se porten; el chichaque no me gustaría. Si no hay gente, yo me pongo a llorá. La gente es el mejor homenaje.

Quiero es el aprecio de las personas

Lo que quiero es el aprecio de las personas.

Algo debe dejá uno en esta vida. Un libro es una luz, es un hijo.

Conozco a las personas por los ojos. La vista habla. La gente dice lo que piensa con los ojos.

El diablo hizo lo mismo Dios pa' que la gente tema, pa' que haiga respeto.

Lo que vale es la sabiduría de una persona.

El que dice la verdá tiene una enemiga. Hasta pa' ecí la verdá hay que tené valor.

Si no se lucha no hay ná.

La mejor arma pa' transformá a Venezuela es la educación.

Los hijos míos son el pueblo. Yo he hecho la diligencia, ¿será que no me conviene?

El que oye la música de los pájaros

El que oye la música de los pájaros no se contamina; esa es la mejor música. To' los días los pájaros me cantan canciones, por eso no me he contaminao.

frases sueltas de el caimán

Antes se lograba la papa sin contaminaciones. Se abonaba con estiércol de chivo.

El burro lo cambiaron por un carro; después le pagaron con un mal. El burro era el carguero pa' hacé los pueblos.

'Orita to' mundo 'tá loco.

Tiene que habé el final pero no habrán ni vencidos ni vencedores. Se van a matá todos en candela. El mundo no se acaba. To' lo que sea viviente se muere. La tierra no muere, muere la pura naturaleza.

El mismo hombre va terminando el mundo, haciendo venenos pa' destruí la humanidá. El mundo se va a acabá, es así, por la destrucción de la gente. Matan ríos y quebrás, acaban una montaña.

El veneno acabó con todo. El zamuro lo terminó el Fulidor. El veneno más peligroso, más terrible, que trajeron fue el Fulidor.

Antes sí había lombrices; esas las mataron los venenos. Las lombrices volvían a echar la tierra que se comían, una tierra refiná. Las lombrices le dan un abono especial a la tierra.

Las culebras son vegetarianas, beben leche de vaca.

La sangre de la tierra es el petróleo.

Ya la tierra no tiene juerza. Ca' año se va adelgazando. Ella se acaba también con las varillas que le han hecho. Las venas, la sangre de la tierra, es el petróleo.

El duende es un pájaro, un venao, un cachicamo; es un espíritu, es la misma naturaleza. Si no hay montaña no hay duendes.

Los duendes son mágicos. Son ángeles que perdieron la gracia de Dios. Esos son los que cuidan el agua.

Los salvajes osos frontinos son unos hombres que pueden un mundo.

Yo le dije desde cuándo que Sanare iba a quedá sin agua. Lo que yo hablo es verdá. El pueblo no tiene agua. Agua-agua. Así va a sé Sanare, si le siguen quemando su corazón, su montaña. Si siguen quemándole el corazón al Yacambú, no tendrá ni una gota e agua, ni Barquisimeto ni Sanare.

Sanare se va a terminá con esos incendios por falta de conciencia. La naturaleza es lo más sagrado y bello que tenemos. Esa es la vida, si acabamos con ella, adiós vida; tendremos que emigrá de Sanare. La belleza de Sanare son las montañas.

El árbol es un hombre. Cuando uno va con un machete, él llora y dice a largá lágrimas.

El adelanto ha traído atraso porque tenemos máquinas que ‘tán es acabando las nubes, el *osofrono*.

La naturaleza castiga al que la castiga a ella.

La madre naturaleza ‘tá muy hería. Nosotros la podemos curá. Lo primero es cuidá la naturaleza, hoy es el día. Ya es la hora. Cada árbol da una gotica de agua, acabándose de la montaña, se acaban las quebrá, los ríos y el mar por eso tenemos que cuidá los árboles.

Los pájaros avisan cualquier peligro que ‘te *vigiando* a uno.

El ratón es el animal más maluco y mal agradecido que hay; pero hay que hacéle el bien.

El número siete es mágico, tiene un secreto, es un número suertario: significa las siete palabras que dijo Jesús.

El toro Candelito era mágico. Era el toro más peligroso del mundo.

El martes es un día mágico.

Los teléfonos míos son los grillos; esos me avisan. Tienen un timbrito en las alitas.

El pozo azul es un encanto, eso no tiene fin, eso hierve. Creo que es la boca del volcán; él se mudó. Eso tiene una leyenda; la leyenda de la mudanza del encanto. Eso era la cárcel de los indios pa' castigá a los bandíos que iban a conquistá eso.

En Cuaresma, Dios le da vacaciones, licencia a todos los bichos, a los espantos.

El diablo era un ángel querío, le iba a quitá a Dios y a Dios no le gustó y lo zumbó al infierno. El diablo se espanta con los versos. Ese es el arma pa' corre'lo; no le gusta.

La tierra es el infierno, aquí es 'onde 'tán los malucos. El infierno 'tá en la tierra pero no se sabe en qué peña.

Yo comparto con los animales. El que le pone comía a los animales Dios le da suerte.

La muerte y que es una mujer muy bella, y que es como una santa. La gente pinta a la muerte muy fiera. Ella no me lleva: yo soy ahijado de doña Catalina.

Yo soy ahijao de doña Catalina.

Yo soy ahijao de la muerte. Tenía una disentería, ya estaba listo. Soñaba que iba pa'l cielo. Una médica me curó, soy un muerto vivo.

El día mío es el 3 de enero. Cumpló año.

Yo no soy de este mundo. Uno es de lo güeno, yo soy del Biennal, es un planeta vivo. La gente es muy cariñosa, viven bien, no son como aquí; allá se quieren mucho, aquí se matan unos con otros.

Yo no soy loco. Soy distinto a los demás.

Yo soy yo mismo.

Yo soy criaio del pueblo, yo soy solito.

La Caimana tiene que comprendeme, que le gusten los cuentos míos.

No me gustan los ofrecimientos. Me gusta es chivo al corral.

Uno va criando un cuento con cualquier idea güena.

Sin decí una garra 'e mentira, porque yo no digo mentira.

To' lo que yo hablo sale, tarde o temprano. Vamos a ve muchas cosas, güenas y malas. Viene un hambre loca.

Muchos me dicen que me quite la vida. ¡Pendejos!, esa es la escardilla mía.

La palabra es la espada que uno tiene a favor del pueblo.

Yo no soy tan haragán pa' comé.

Yo era muy comelón. Me comía las ánimas benditas.

No me gusta que nadie me gane; mis palabras son al revés. Me dejé la chiva porque me dijeron que me quedaba muy fiera.

Yo trabajo en verso también, pero es más trabajoso; tiene que llevá *arrime*. La poesía no tiene trampa. Yo me afincó es en el cuento.

A mí me salen los sueños completicos.

Yo no tengo precio, yo no me vendo ni por quinientas camionás de dólares. La persona vale más que el dinero.

Transportase, despegase el espíritu del cuerpo, eso es muy juerte. El espíritu sale pa'l mundo y uno se queda. El espíritu es el que trabaja, eso es por tiempo, no es cada vez. Yo siento que ando volando o

caminando. Eso es por permiso de Dios. To' la sabiduría me la da Dios.
El poder de Dios es güeno.

Uno tiene dos espíritu, el güeno y el malo.

Uno tiene un poder. La vida mía son dos cuerpos: uno espiritual y otro material. Tengo dos cuerpos por uno. Me encuentro pa' las vainas importantes; el espíritu es güeno, trabaja por mí, cuando yo no pue'ó, cuando 'toy enfermo.

El espíritu de uno es como un trapo. Es un viento.

Meté una mentira es una falla.

La voz es el espíritu de uno, al acabase el habla se muere uno.

Yo no creo en religiones, creo es en Dios, la Virgen, la naturaleza y Bolívar.

No es necesario 'tá en una iglesia dándose golpes de pecho, sino ve por el prójimo que realmente necesita.

Ya ni llueve. Dios s'enojó con nosotros, ¡cómo seremos de güenos!

Papa Dios sabe mucho, él tiene una bombita de agua que nadie ve. Él quiere mucho a sus hijos, uno es que es muy ingrato con él.

Jesús llevó una cruz de madera y sufrimiento, tu'el mundo lleva esa cruz. Hay unos que la llevan de pobreza. Nadie lleva una cruz güena, tan solo Jesús.

Los que quieren ve a Dios, Dios se los lleva.

El que da buenos consejos es el espíritu de luz.

Un hombre tiene que llevá palabra y hecho. Enrollase los pantalones pa' trabajá. No es sentase a puro leé y escribí. Ahí es 'onde se conoce al hombre. Eso es lo que necesitamos los que luchamos por una vida güena.

La cultura fue primero y después la agricultura.

La cultura tiene muchas cosas, no es pura música.

Un trabajador de la cultura es un tesoro porque está guardando ideas. Uno que trabaje por el pueblo es una luz; es como el sol que 'ta alumbrando.

Mateo Segundo era un hombre serio. Era retratista, era muy luchador.

La cultura de Sanare 'tá bien, 'tá viva tuavía. Mientras 'tén viviendo Renato, ustedes los morochos y las demás personas que trabajan, 'tá viva la cultura.

Los morochos son unos espíritus que no tienen muerte. Esos carajos desandan. Ustedes tienen un poder, pero es un poder güeno.

Sanare se da un gusto; uno representa bien al pueblo.

El padre Juan Ibáñez ha sido progresista; él me ayudó. Yo hablaba por micrófono cuando el padre Juan 'taba encargao.

La Zaragoza es una dicha pa' Sanare. Viene mucho turismo y algo le queda a los negocios. Lo único que se quiere es que la respeten en sus leyes como era antes. Ese chaparrito que cargan los disfrazaos es un respeto. Si no se disfraza el pueblo, no hay Zaragoza.

El profesor Renato es el rey de la cultura acá en Sanare.

César Albornoz es una persona de la cultura que va enseñando con la palabra y su ser sencillo.

El poeta, igual al pintor, se inspira en todas las cosas bonitas.

No hay necesidad de decí malas palabras; esas son las malas contaminaciones.

Yo creo que la mujer va a mandá mejor que uno.

Las mujeres hay que floralas en menguante; 'tán como una mañana de Pascua.

La vida del hombre es la novia, la madre y la plata.

Si uno tiene un enemigo le manda los jirajaras pa' que lo muerda.

A Bolívar no le gustaban los flojos. Venezuela tiene la herencia de Bolívar: somos guerreros.

Un borracho es una basura. Un corrupto es una rata. Un politiquero es otra rata.

Vivos son aquellos que se robaron el Banco Latino; se robaron to' la humanidad.

Ese hombre, Ramón Querales, sí trabaja bien; es humilde en todo.

Qué dure el 'Gordo' Páez miles de años. To'a persona que trabaje por su pueblo se necesita que dure millones de años.

Aquí en Venezuela hay muchos poderosos. Lo que hay son enemigos poderosos y peligrosos.

Fidel Castro es un enviado de Dios pa' que haya respeto; es un *taparo*, un hombre con coraje; es un gran ilustre. Hombres como Fidel no nacen to' los días.

Caldera ha salvao a Venezuela en dos oportunidades.

Chávez es un líder, un hombre valiente. Ese es un carajo jodío. Él tiene amistá espiritual, a él le tiemblan los poderosos. Dios lo tiene

destinao porque va a goberná el país del dos mil p'adelante. Todos los obstáculos los vencerá; a él no le hacen ná. A él lo cuidará Dios. Gente que vaya a bien de la patria lo salva Dios, eso está destinao. Los que han mandado no es por Dios sino por Satanás.

Llegó la hora de cuidá. Tuavía Venezuela no se ha perdío. Nadie debe tené miedo pa' cuidá lo nuestro.

'Orita por el billete vende hasta la mamá. La plata güena se acabó, 'orita quedó un papelero, el de mil quedó por quinientos, el de cien por veinticinco bolívares, el bolívar quedó en la nica; el dólar quedó mandando.

Por eso es tan mágico el billete, le pone los ojos grandes a la gente.

Índice

Nota de edición	9
Acerca de la primera recopilación de los cuentos de El Caimán	11
¿Quién es El Caimán de Sanare?	13
Lo que se dice y piensa de El Caimán de Sanare	15
 cuentos de el caimán de sanare	21
El perro minero	23
El duende de la auyama	27
El pollo mágico	33
El burro echor	37
La cooperativa de tío Conejo	41
Los dos perros que se comieron	47
Juan Salvajito	49
Pedro el bueno y Pedro el malo	59
La Llorona	65
La chaqueta voladora	69
El toro Candelito	73
Doña Catalina	77

Lo que dice nuestro Caimán	81
En Las Rositas dejé el ombligo	83
Yo jugaba el riquirrinqui	85
Era muy alegre	87
Vendí mucha leña	89
No estudié na'	91
Dios manda a que el hombre enseñe	95
El padre era muy bravo	97
El que me enseñó murió tres veces	93
Enviao de Dios	99
Cuentista desde chiquito	101
La montaña es la vida de un pueblo	103
Las quebrás las mataron	105
La naturaleza 'ta muy brava	107
Los pájaros que anuncian el agua	109
Nadie puede con ellos	111
Somos hijos de los duendes	113
Dios es amor	115
Por qué me dicen El Caimán	117
Nadie me podía ganá	119
La cultura es una educación	121
El cuento es luz y educación	123
El espíritu del cuento es un ángel	125
Un cuento es un maestro	127
El cuento es un padre de los niños	129
El cuento mío no lleva embustes	131
Tengo muchos cuentos	133
Los cuentos sin pensalos	135
La amistad vale más que la plata	137
En el mundo de la soledad	139
El pueblo de Sanare me aprecia	141
Sanare es mi pueblo	143
El amor verdadero	145
La mujer es una salvadora	147
El mundo se salvará	149
Venezuela 'tá manca	151
Bolívar no 'tá muerto	153

Uno es la luz de la tierra	155
No tengo muerte	157
Cuando me despida de este mundo	159
Quiero es el aprecio de las personas	161
El que oye la música de los pájaros	163

FRASES SUELTAS DE EL CAIMÁN	165
-----------------------------	-----

Edición digital
enero de 2017
Caracas - Venezuela



El Caimán de Sanare (José Humberto Castillo),
Sanare, 1937

El Caimán es uno de los narradores orales más importantes del país, y también fuera de éste, y ya nos van quedando en el mundo pocos representantes del género. Durante toda su vida difundió y recreó la cultura y memoria del estado Lara; mitos, leyendas y medicina popular, aportando su creatividad al cuento fantástico en particular. Este querido cuentero es un verdadero maestro para estimular la imaginación y el humor de niños y adultos. Por su carisma, saber e irreverencia se le reconoce popularmente como nuestro mejor “psicólogo colectivo” o nuestro “filósofo”. Otro de sus oyentes lo compara, en términos poéticos, con un “árbol de muchas ramas”. Su aguda conciencia de las extraordinarias propiedades del cuento permite dar paso a una conciencia de la enseñanza sensible, y a una conciencia ecológica más auténtica. Su ejemplo representa la valoración del cuento mismo por encima del ego de autor. Por eso en dos de sus comentarios nos dice que es el cuento un padre de niños, que el cuento no es más que el maestro.



9 789803 968076



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



2016-2019
PATRIOTAS UNIDOS
SABEMOS VENCER